NUEVO

DESCUBRIMIENTO

DEL RIO DE MARAÑON

LLAMADO DE LAS

AMAZONAS

hecho por la religión de San Francisco año de 1651,

siendo Misionero el P. Fr. Laureano de la Cruz y el P. Fr. Juan de Quincoces escrito por la obediencia de los Superiores en Madrid, año de 1653

por

FR. LAUREANO DE LA CRUZ

hijo de la provincia de Quito, de la Orden de San Francisco.

NUEVO DESCUBRIMIENTO

DEL

RIO DE MARAÑON

LLAMADO DE LAS

AMAZONAS

POR

FR. LAUREANO DE LA CRUZ

(1651)

Biblioteca de La Irradiación
Prim, 10, hotel.
Colonia de Doña Carlota
MADRID
1900

PRÓLOGO

Deseando dar alguna variedad á la Biblioteca de LA IRRADIACION, principiamos hoy la publicación de una serie de Relaciones, que, inéditas unas, otras impresas, pero todas de extraordinaria rareza, tienen importantísimo interés para los que se dedican al estudio de nuestra historia patria.

La que hoy damos á luz, copia fiel de un manuscristo que existe en nuestra Biblioteca Nacional, consta de 62 páginas en fólio, y lleva por título: *Nuevo descubrimiento del río de Marañón, llamado de las Amazonas, hecho por la religión de San Francisco, año de* 1651, *siendo misionero el P. Fr. Laurea-*

no de la Cruz y el P. Fray Juan de Quincoces, escrito por la obediencia de los Superioresde Madrid, año de 1653, *por Fr. Laureano dela Cruz, hijo dela provincia de Quito, de la Orden de San Francisco.*

El descubrimiento y exploración del Amazonas se debe á los Franciscanos de la provincia de Quito, habiendo tratado otros autores de esta materia con anterioridad á la época en que se escribió la presente relación, según aseguran el P. Diego Córdoba de Salinas en su *Crónica de la religiosísima provincia de los Doce Apóstoles del Perú*, y el P. Tena en su *Introdución al aparato de la Crónica de la Santa provincia de los gloriosos Doce Apóstoles.*

La obra del P. Fr. Laureano de la Cruz, es una de las mejores que acerca del descubrimiento del famoso rio Marañón se han escrito; mereciendo ocupar un puesto al lado de las obras del P. Cristobal de Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran Rio de las Amazonas*, impresa por primera vez en Madrid en 1641 y la del P. Rodríguez, titulada *El Marañón y Amazonas*, impresa en

Madrid en 1684, donde está íntegro el texto del P. Acuña.

Esta Relación, como otras muchas que yacen en el olvido en los empolvados estantes de nuestros Archivos y Bibliotecas públicas, es digna de los honores de la imprenta, tanto por su estilo literario como por la veracidad de los hechos que narra, pues el autor, como misionero apostólico en aquellas dilatadas regiones, fué testigo ocular y actor principalísimo en el descubrimiento de las márgenes del célebre río Marañón y en la conquista espiritual de los indígenas que habitaban aquellas ignotas regiones.

A pesar de la importancia de este trabajo, ningún bibliógrafo se ocupa de él, ni hace mención de su autor.

Solo el Sr. García Peres en su *Catálogo razonado biográfico de los autores portugueses*, etc., impreso en Madrid en 1890, hace mención de esta relación. Por esta causa sabemos que el P. Laureano de la Cruz era Lusitano.

No tenemos más noticias acerca de este religioso Franciscano y sus escritos.

Creo nos agradecerán nuestros lectores que los demos á conocer obras de tanto interés para la historia y literatura colonial de España, y si halla entre nuestros suscritores la acogida que merece esta índole de trabajos, sucesivamente iremos publicando otras obras del mismo género; con lo cual, á nuestro humilde entender, popularizaremos los hechos gloriosos de la historia de nuestra querida Patria.

EL EDITOR

NUEVO DESCUBRIMIENTO DEL RIO DE MARAÑON LLAMADO DE LAS AMAZONAS

hecho por la religión de San Francisco,
año de 1651,

siendo Misionero el
P. Fr. Laureano de la Cruz
y el P. Fr. Juan de Quincoces
escrito por la obediencia de
los Superiores en Madrid, año de 1653,

por

FR. LAUREANO DE LA CRUZ

hijo de la provincia de Quito,
de la Orden de San Francisco.

ADVERTIMIENTO PARA LOS LECTORES

No escribo esta relación porque la crean todos, sino para que la crean mis superiores y creo la creerán, pues el día que me la mandaron escribir me dieron confianza de su creencia. Teniendo pues crédito mis Prelados de lo que dijere aquí y de las necesidades espirituales que padecen las infinitas almas, que viven sin Dios en los parajes de nuestros descubrimientos, no importa que los otros no la crean, que si cree la necesidad del menesteroso el que ha de dar el remedio, la fe de los otros no hace falta para nada.

En estos tiempos veo que todos los aper-

cibimientos que hacen los que escriben relaciones de cosas extraordinarias para grangear crédito en los que han de leer sus escritos, no persuaden más que una ciega incredulidad, nacida de la demasiada afectación en buscar crédito (que la afectación cuidadosa suele hacer sospechosa la verdad), ó nacida del mal ejemplo que les dieron otros, los cuales asegurando que únicamente escribían lo que vieron, nunca se vió lo que escribieron: ó de una obstinación no nacida sino natural, para no creer que haya en otra parte lo que nunca han visto en su tierra.

Lejísimo ando yo de mendigar este crédito de la cortesía de los otros, pues si me mandaron escribir los mismos que me conocen dentro de casa, ya sabrán la autoridad que puede tener mi testimonio, y para los que son fuera de casa no escribimos, y si escribiéramos, los que profesamos vivir sin amor propio, no hacemos ningún reparo en no ser creídos, gozándonos solamente en el testimonio de nuestra conciencia.

Nuevo descubrimiento del Marañón, año 1651.

Para honra y gloria de Dios Nuestro Señor en el año de nuestra salud 1633 año, los religiosos de la santa provincia de nuestro seráfico Padre San Francisco del Quito en el reino del Perú de las Indias Occidentales, dieron principio al descubrimiento de las provincias y naciones de indios infieles que habitan en las faldas y vertientes de las sierras y cordilleras de la provincia del Quito y de las de Popayan, de los Quixos y Macas, de donde nacen y tienen su principio muchos caudalosos rios, principalmente el gran-

de río de Napo, que es el mayor de todos los que por aquella parte se han descubierto, el cual corre y hace su curso con los demás que entran en el del Poniente hacia donde tienen su origen del Oriente, por un lado de la línea equinocial, apartándose muy poco de ella hacia la banda de el Sur, hasta entrar en el mar Océano, como adelante diremos.

Dieron principio los dichos religiosos al dicho descubrimiento, movidos del espíritu divino, y con las noticias que tuvieron de las primeras naciones de gentiles que pueblan aquellos ríos, y primero que otras las del río Putumayo, como son los Seños y Becabas, que algunos españoles vecinos de los Sucumbios del gobierno de Popayan habian reconocido y comunicado, andando por aquellas partes buscando indios cristianos fugitivos de sus encomiendas.

Movidos pues, del amor de Nuestro Señor, y con deseo de la propagación de nuestra santa fe y conversión de aquella gentilidad, habiendo lo primero encomendado muy de veras á Nuestro Señor en la santa oración,

ejercicio muy frecuentado de los siervos de Nuestro Señor, se convinieron y concertaron cinco compañeros, hijos de la dicha provincia y de los conventos de San Pablo y de la Recolección de San Diego de Quito; y según y como nuestro seráfico Padre San Francisco dispone y ordena en el último capítulo de su evangélica Regla, pidieron licencia á su prelado, y ministro provincial, que entonces lo era el R. P. Fray Pedro Dorado, el cual como tan celoso de la honra de Dios, de nuestra sagrada religión y bien de las almas, les concedió licencia y su bendición con grande gusto y consuelo espiritual, habiéndolo primero tratado y conferido con los señores de la Real Audiencia de aquella ciudad; los cuales, como tan cristianos y fieles ministros de Su Majestad, en su real nombre aprobaron, y tenieron por bueno aquel santo viaje, y juntamente aceptaron el ofrecimiento que para lo de adelante hizo el R. Padre provincial de su persona y de los religiosos de aquella santa provincia en nombre de la religión seráfica.

Despachados ya con provisiones de la Real

Audiencia, con la bendición de Dios y de sus prelados, llevándose tras sí los corazones de los religiosos sus hermanos, salieron de la ciudad de Quito á los últimos del mes de Agosto, los cinco religiosos, llamados el Padre Fr. Francisco Anguita, comisario, y el P. Fr. Lorenzo Cafarubias, sacerdotes, y los Hermanos Fr. Domingo Brieva, Fr. Pedro de Moya y Fr. Pedro Pecador, legos, ellos solos, sin compañía de soldados ni otra ayuda de costa temporal, puesta en Dios toda su confianza, el cual los llevó con bien á la ciudad de Écija, en la provincia de los Sucumbios, que está de la otra banda de la cordillera, hacia el Oriente, distancia de sesenta leguas de la ciudad de Quito, todo por tierra, y los más de ello por muy mal camino.

Bien recibidos fueron los obreros del Señor de los vecinos y moradores de la ciudad de Écija, y todos con mucho amor los hospedaron y regalaron los días que allí estuvieron, contentísimos de que los hijos de nuestro Padre San Francisco se empleasen en tan santo ejercicio y se comenzase por aquella parte á obrar en la viña del Señor,

que ellos mucho deseaban. Acudieron todos á tratar de aviarlos en virtud de las cédulas que para esto llevaban y movidos del amor de Dios, proveyéronlos bastantemente de canoas, indios remeros y lenguas, y algunos españoles que por su devoción los quisieron seguir.

Embarcáronse en el puerto que llaman de la Quebrada, y navegando por el río llamado Putumayo, uno de los que entran en el grande de Napo, y tiene su principio en la provincia de los Sucumbios y Mocoa, gobierno de Popayan, llegaron á los once días de su navegación á una provincia de indios llamados Seños, poblada su tierra firme á la parte del Norte, no muy lejos de la línea equinocial.

Con mucho gusto recibieron los naturales de aquella provincia á los religiosos, los cuales, por medio de las lenguas que llevaban, les dieron razón de quiénes eran y á lo que iban á su tierra, que era á tratar del remedio de sus almas.

Habiendo oído esto y entendídolo bien, los indios Seños mostrándose agradecidos,

llevaron á los siervos de Dios á sus casas que tienen algo apartadas del río, á donde les dieron una en que morasen y regalaron con lo que pudieron.

Contentos los religiosos con este buen principio, comenzaron á aprender la lengua de aquellos gentiles, y se ocuparon al tiempo que con ellos estuvieron, en predicarles y darles conocimiento del verdadero Dios por medio del intérprete, y juntamente bautizaron algunos niños en el artículo de la muerte, en que tuvieron hecha para el cielo, hasta que obligados de la necesidad por haberse vuelto los españoles á los Sucumbios, de donde habían salido en su compañía, y también huidosele el indio intérprete de la lengua, viéndose imposibilitados de poder pasar adelante en lo comenzado, aunque no sin dolor de sus corazones, dejaron por entonces el evangélico ejercicio y se volvieron por el río Putumayo arriba, por donde habían bajado á la ciudad de Écija de los Sucumbios, con mucho trabajo, y de allí pasaron á la ciudad de Quito á dar razón de lo sucedido, y á prevenirse de mejor disposición para vol-

ver á continuar la obra del Señor ya comenzada.

Este fué el primero descubrimiento y la primera entrada, que los religiosos de la provincia de Nuestro Padre San Francisco de Quito hicieron y los primeros ministros de Dios que en aquellas partes tan remotas plantaron el arbol de la Santa Cruz, ofrecieron á Dios el santo sacrificio de la misa, y administraron sacramentos. Y si no se les hubiera ido el indio intérprete, con ánimo estaban los siervos de Dios de no dejar de la mano aquella evangélica obra; mas justos son sus juicios.

En llegando á su casa el miserable intérprete huído se ahorcó de un arbol, y si este no fué castigo de Dios, á lo menos lo parece.

Habiendo llegado á la ciudad de Quito los cinco religiosos, muy fatigados del largo y penoso camino, y alguno de ellos enfermo, y hecho relación de lo sucedido en su viaje á sus prelados y á la Real Audiencia, á pocos días que descansaron, con nuevas fuerzas y deseos de la salvación de aquellas po-

bres almas que ya habían visto y experimentado, pidieron para continuar su comenzada obra, licencia al reverendo provincial, que ya lo era en aquella santa provincia el reverendo P. Fr. Pedro Becerra, el cual muy gozoso de ver el fervoroso ánimo de sus hijos, les concedió la licencia que pedían, habiéndolo ya comunicado con los señores de Real Audiencia, que todos con buena voluntad convinieron en que se continuase aquella santa misión por ser mucho del servicio de Dios y de Su Majestad; y para ello revalidaron las primeras cédulas, y despacharon á los religiosos que fueron cuatro, llamados el P. Fr. Lorenzo Fernández, comisario, y el P. Fr. Juan Caycedo, y los hermanos Fr. Domingo Brispa y Fr. Pedro Pecador.

Salieron estos obreros del Señor segunda vez de la ciudad de Quito, y del convento de San Pablo, para la provincia de los Sucumbios, á los últimos meses del año del Señor 1635, de la misma suerte y manera que salieron los primeros.

Habiendo llegado con bien á la ciudad de Ecija, la justicia y vecinos de ella recibieron

á los religiosos con mucho gusto, y en breve tiempo los aviaron y proveyeron de embarcaciones y de buenas lenguas y mas cuatro españoles que les acompañasen.

Con este buen despacho se embarcaron los siervos de Dios y demás compañía en el río llamado de San Miguel, uno de los que entran en el Putumayo, por donde se hizo la entrada primera. Navegaron por él en busca de los indios Seños, donde se había ya dado principio á la predicación del santo Evangelio, por ser aquella provincia conocida, muy dilatada y de mucha gente, según los religiosos ya habían visto y entendido.

Al cabo de ocho días de navegación llegaron á reconocer unas poblaciones de indios llamados Becabas, poblados al parecer de islas que hay entre estos ríos, y no tantos en número como los Seños. Y por parecerles á los siervos del Señor cosa conveniente que estos indios por estar más cerca y ser mejor gente que los otros, se procurasen reducir primero, tomaron puerto en sus poblaciones, y ellos los recibieron con muestras de mucha alegría y agasajaron en sus casas, acu-

diéndoles con el sustento necesario y juntamente recibiendo bien su predicación y doctrina, de lo cual dieron muchas gracias á Nuestro Señor.

Con grandes esperanzas de la conversión de aquella gentilidad estaban los siervos del Señor, ocupándose en aprender la lengua de los indios Becallas, y en instruírlos en los misterios de nuestra santa fe y bautizar los niños que morían y también algunos adultos, habiéndolos primero dispuesto para ello, en lo cual tuvieron muy buenos sucesos, cuando repentinamente é ignorando la causa, dieron en el pequeño rebaño aquellos crueles bárbaros instigados del demonio, y con sus armas, que son dardos y macanas, los hirieron y dejaron muy maltratados y huyeron. Fué Nuestro Señor servido de guardar sin lesión á uno de estos sus siervos para que curase y socorriese á los demás compañeros, lo cual hizo con mucha caridad.

Habiendo pues considerado este repentino suceso los siervos de Dios, temiendo que los indios volviesen á acabarlos de matar, así como estaban caminaron para el río adonde

tenían las canoas, procurando con el ayuda de Dios guardar sus vidas para mejor servirle.

Embarcáronse luego, y caminando por el río, por donde habían bajado, llegaron, aunque con mucha incomodidad y trabajo, á los Sucumbios y ciudad de Écija, á donde los vecinos de ella, lastimados de sus trabajos, los cuidaron con toda caridad, y esta fué la segunda entrada y descubrimiento.

Muy afligidos estaban los cuatro compañeros, siervos de Dios, viendo, al parecer, frustrados sus intentos, y no pudiéndoles sufrir sus corazones el dejar aquella obra de la mano, trataron de buscar medios para continuarla; y para esto, habiendo ya mejorado de las heridas se partieron, el P. Fr. Lorenzo Fernández, comisario, y el hermano Fr. Domingo Brieva, para la provincia de los Cofanes, que está 40 leguas de Ecija, caminando por la falda de la cordillera hasta la banda del Sur, y el hermano Fr. Pedro Pecador, dejando al P. Fr. Antonio Caycedo en Ecija, partió para Mocoa, provincia de Popayan, hacia la banda del Norte, en busca del go-

bernador de ella á darle cuenta del estado en que estaba la obra del Señor, y á pedirle ayuda para llevarla adelante. Lo cual no les fué concedido por que no estaba de Dios, sin cuya voluntad nada se mueve.

Volvióse el hermano Fr. Pedro Pecador á los Sucumbios, á donde le aguardaba el compañero. Y considerándose ya despedidos de volver á entrar en la provincia de los Seños, que era lo que más cuidado le daba por su disposición, determinaron irse el P. Fray Antonio Caycedo á la ciudad de Quito, como lo hizo por el camino por donde habían venido, y el hermano Fr. Pedro Pecador en seguimiento de su comisario, á los Cofanes. Habiendo, pues, llegado el P. Fr. Lorenzo Fernandez, comisario y el hermano Fr. Domingo Brieva á la ciudad de Alcalá del Río del Oro, por otro nombre de los Cofanes, los recibió en ella y en su casa el capitán Gabriel Machacón, vecino encomendero y uno de los primeros conquistadores de aquella provincia y actual teniente general de ella, y los honró y regaló con mucho amor y caridad, hasta que estuvieron para ponerse en

camino para la ciudad de Quito, para donde se partieron por la provincia de los Quijos, que está en la falda de las cordilleras, continuada con las otras que ya hemos dicho, á dar cuenta de lo sucedido y prontamente tratar lo que con el teniente general de los Cofanes habían comunicado, de lo cual diremos más adelante.

Llegó también el hermano Fr. Pedro Pecador á la ciudad de Alcalá y á la casa del capitán Gabriel Machacón y sabido cómo los compañeros se habían ido ya al Quito, aunque tuvo de ello algún sentimiento, se detuvo allí algunos días encomendando á Nuestro Señor su obra en la santa oración y ordinarios ejercicios.

En este tiempo, comunicando con el capitán Gabriel Machacón y otras personas que allí estaban, alcanzó á saber cómo en el gran río de Napo andaba un capitán Juan de Palacios, con una compañía de soldados españoles é indios amigos, ocupados por orden del dicho teniente general en buscar y reducir á muchos indios cristianos huidos de las encomiendas de aquella provincia, y tam-

bién le dieron noticia de cómo en el río del Napo había muchos indios gentiles, todo lo cual movió al siervo de Dios á quererlo ver por sus ojos antes de pasar á Quito. Y poniéndolo en ejecución, pidió al capitán y teniente general le mandase dar avío de comer y gente que lo llevase adonde estaba el capitán Juan de Palacios y su gente.

De muy buena gana acudió el capitán Gabriel Machacón á la petición del hermano Fr. Pedro Pecador y con toda brevedad lo avió de lo necesario y lo despachó por el río de Aguarico, llamado de el Oro por haber en él mucha cantidad.

Habiendo pues navegado por él hacia abajo siete ú ocho días, desembocaron en el gran río de Napo, por el cual, yendo hacia arriba, navegaron cuatro días, y al cabo de ellos llegaron á un sitio llamado dél Real de Anete, adonde estaba el capitán Juan del Palacio con toda su gente.

Mucho se holgaron todos con la llegada del siervo de Dios á aquellas partes, donde jamás había llegado otro ningún religioso.

Estimó mucho el capitán Juan Palacios la llegada del hermano Fr. Pedro Pecador, que fué en tiempo que tenia él mucha necesidad porque de la mucha gente que se había reunido, así cristianos como indios, estaban los más enfermos y necesitados de remedio espiritual y temporal.

Luego comenzó el obrero del Señor á trabajar en la viña, curando á los enfermos, para lo cual le dió Nuestro Señor particular gracia.

Rezábalos y enseñábalos la doctrina cristiana, bautizaba los niños que estaban para morir y algunos indios grandes catequizándolos primero, en que tuvo el siervo de Dios muy buena cosecha.

Este fué el primer religioso de nuestro Padre San Francisco y de la provincia de Quito que puso los pies en el gran río de Napo, llamado por otro nombre del Marañón, y este es el río tan nombrado y el que, como dijimos, tiene su origen y principio en las cordilleras ceroanas á la ciudad de Quito (que está fundada cerca de ellas, medio grado de la línea equinocial hacia el Sur), y este es

el que camina hasta entrar en el mar Océano por un lado de la línea, apartándose muy poco de ella por la banda del Sur, recogiendo é incorporando en sí todas las aguas que vierten las cordilleras del Perú, que corren desde el Nuevo Reino de Granada casi Norte Sur, hasta la imperial de Potosí, y tiene de longitud más de 600 leguas, y este es finalmente el que tiene desde su principio hasta entrar en la mar 1.300 leguas de largo y de ancho unas dos ó tres, y en partes más y en partes menos, y el que en sus principios es muy rico de oro, y en lo restante de muchas almas, criaturas de Dios necesitadas de remedio.

En este gran río de Napo ó Marañón y en el sitio del Real de Anete y en compañía del capitán Juan de Palacios y toda su gente, dejaremos por ahora al hermano Fr. Pedro Pecador ocupado en sus ejercicios de caridad y puntualmente tratando de reconocer las naciones de infieles que habitan en sus primeras orillas, y pasaremos á la ciudad de Quito á saber de la llegada del Padre comisario Fr. Lorenzo Fernández y sus compañe-

ros. Grande desconsuelo causó en la santa provincia de Quito la vuelta de los religiosos que segunda vez se volvieron de la segunda misión sin haber conseguido lo que tanto se deseaba, si bien se templó algo el justo sentimiento con saber que el hermano Fr. Pedro Pecador quedaba todavía, como por prenda de la obra y que no se había dejado del todo de la mano, y lo que más es una carta que el capitán Gabriel Machacón, teniente general de la provincia de los Cofanes (movido de los fervorosos deseos, y santo celo de los religiosos, que en su casa había tenido) escribió al reverendo Padre provincial Fr. Pedro Becerra, en la cual se ofrece así en persona con sus soldados, indios y todo lo necesario al gran río de Napo, adonde él ya había estado otras veces, y tenía de paz una provincia de indios infieles llamados Abixiras, de los cuales tenía buenas lenguas, que le enviasen religiosos que predicasen la palabra de Dios en aquella provincia y que él los acompañaría con su gente y ayudaría cuanto le fuese posible, para que aquellos gentiles viniesen al verdadero

conocimiento de su Dios y Señor. Grande cosa fué aquesta para volver á encender los corazones de los siervos del Señor, que parecía haberse resfriado con los sucesos pasados. Y sin sufrir más dilaciones, luego se trató de hacer tercera entrada, teniéndosepor más cierta que las dos primerasl por ir al parecer de cosa hecha. Para lo cua, se aprontaron cinco religiosos hijos del convento de recolección de San Diego de la ciudad de Quito, llamados el P. Fr. Juan Calderón, comisario, el P. Fr. Laureano de la Cruz (que soy yo), y los hermanos Fr. Domingo Brieva, Fr. Pedro de la Cruz y Fray Francisco Piña, los cuales, con la bendición de Dios y de sus prelados, y buenos despachos de la Real Audiencia, salieron de Quito para los Cofanes en 29 de Diciembre de 1636 años, día de Santo Tomás Cantuariense.

Hay desde la ciudad de Quito á la de Alcalá de los Cofanes más de 50 leguas de camino por tierra, pasa por la cordillera que está ocho leguas de Quito, y por la provincia de los Quijos, que se sigue luego caminando casi siempre al Oriente, por sierras

y valles de mucha arboleda y aspereza.

Hay en esta provincia de los Quijos muchos ríos muy rápidos que corren por peñas y se pasan algunos por puentes de maderas, y otras por unas puentes de Bejucos (que son como maromas) que se crían entre aquellas arboledas, las cuales se amarran en los árboles que están en las orillas de una y otra banda. Las unas y las otras se pasan con trabajo y riesgo, y si del todo se quitasen se haría imposible el paso.

Habiendo pues los siervos de Nuestro Señor pasado por estos trabajosos caminos, llegaron con bien á la ciudad de Alcalá, donde estaba el capitán Gabriel Machacón, á cuyo pedimiento habían ido, y el buen caballero y la demás gente del lugar los recibieron con grande alegría, hospedaron y regalaron con mucho amor y caridad, y habiendo descansado algunos días y en ellos tratado y conferido sobre la entrada á la provincia de los Abixiras, se determinó que fuesen dos religiosos al río grande de Napo, adonde estaba el capitán Juan de Palacios para que enviase canoas y gente para hacer el

viaje, y entre tanto se hiciesen otras nuevas, y se previniesen las demás cosas necesarias, como en efecto se hizo.

Nombró para esto el Padre comisario fray Juan Calderón al hermano Fr. Domingo Brieva y Fr. Pedro de la Cruz, y para que de camino supiesen del hermano Fr. Pedro Pecador (que es el religioso que dejamos en compañía del capitán Palacios, los cuales, bien aviados por el teniente general, con una canoa y la gente necesaria, se embarcaron en el rio de Aguarico, que está cerca de esta ciudad de Alcalá, y caminando por él hacia abajo ocho días, desembocaron en el grande de Napo, y subiendo por él hacia arriba cuatro días, llegaron al Real de Anete, adonde hallaron al capitán Juan de Palacios y su gente que los recibieron con mucho gusto, teniendo á buena suerte ver tan á menudo frailes Franciscos en aquellas partes, y más cuando supieron á lo que iban por las cartas que llevaban, y orden para que despachasen canoas á los Cofanes, para hacer la entrada á los indios Abixiras; lo cual hizo el capitán dentro de pocos días, aunque no envió tan-

tas cuantas eran necesarias, por traerlas por allá ocupadas.

Quedaron con el capitán Juan de Palacios los dos religiosos y con su gente para hacerles compañía, y para ocuparse en los ejercicios de caridad en que se había ocupado antes el hermano Fr. Pedro Pecador, de quien ya es tiempo que tratemos, entretanto que las canoas y gente van á los Cofanes, que tardarán por lo menos un mes, porque lo que se camina en un día río abajo, se anda en tres río arriba, por ir en contra de las corrientes.

Estando el hermano Fr. Pedro Pecador en el sitio de Anete con el capitán Juan de Palacios y su gente, ocupado, como ya dijimos arriba, supo del dicho capitán que había pocos días que con algunas de sus canoas y gente había entrado en una provincia de indios infieles llamados Icajnates (que por traer el cabello largo les pusieron nombre de Encabellados), y que había sentado paces con ellos.

Esto sabido por el siervo de Nuestro Señor, le rogó lo llevase allá para verlos y la

disposición de la tierra, lo que hizo de muy buena gana, y para ello mandó aprestar sus canoas y la gente necesaria, y embarcándose, todos caminaron por el gran rio del Napo abajo dos días, y dejando á la mano izquierda el río de Aguartes, por donde habían bajado, que es á la banda del Norte, á pocas leguas y á la misma banda, tomaron puerto en los Encabellados, los cuales salieron luego á recibir al capitán Juan de Palacios, y él les dió cuenta de quién era aquel Padre, con la lengua que llevaban.

El siervo de Nuestro Señor, viendo la docilidad de aquellos gentiles, y los muchos que allí se juntaron, trató de darles luz del verdadero Dios por medio de los intérpretes, y enseñándoles un santo Crucifijo, hizo que todos lo adorasen, y otras buenas diligencias en que se ocupó desde que allí estuvieron, de lo cual el siervo de Dios no cabía de contento.

Despidiéronse de los Encabellados, y embarcándose en sus canoas, caminaron por el grande río Napo arriba, y en pocos días llegaron al Real de Anete, donde el capitán hizo

informaciones con los de su compañía de la buena disposición de aquella provincia y gentes Encabelladas, y con ellas y sus cartas para la Real Audiencia, despachó al hermano Fr. Pedro, el cual bien aviado salió de Anete y caminó por el gran río de Napo arriba para la ciudad de Quito, siendo el primero religioso é hijo de nuestro Padre San Francisco que entró en la provincia de los Encabellados, y que navegó el gran río del Napo y del Marañón.

Llegaron las canoas y gentes despachadas por el capitán Juan de Palacios á la ciudad de Alcalá de los Cofanes, con sus cartas y aviso de lo que había pasado en los Encabellados, y de cómo el hermano Fr. Pedro Pecador era ya partido para Quito, cuando llegaron á Anete los hermanos Fr. Domingo Brieva y Fr. Pedro de la Cruz.

Mucho consuelo recibieron el Padre comisario Fr. Juan Calderón y sus compañeros con estas buenas nuevas y tratando con el capitán Gabriel Machacón que se dispusiese el viaje que ya era tiempo, dándole para ello toda prisa, no pudo ser por entonces por no

tener suficientes embarcaciones y estar esperando de Quito algunas cosas que para la entrada había enviado á buscar.

No fué posible detener al Padre comisario y sus compañeros en los Cofanes, y así pidieron al teniente general que les diese avío para irse al río grande de Napo, adonde estaba el capitán Juan de Palacios y demás compañía, y que allí le aguardarían hasta que bajase con la demás gente para hacer la entrada.

Hízose así, y sin dar lugar á más dilaciones se aprestaron tres canoas y la gente necesaria de indios y españoles, y por cabo de ellos un vecino de aquella ciudad llamado Pedro Bermúdez. Y caminando los religiosos y demás compañía dos dias por tierra, llegaron al puerto de la Concepción del río Aguarico, en donde estaban las canoas, en las cuales se embarcaron, y navegando río abajo desembarcaron á los diez días en el grande de Napo, el cual va ya por aquel parage tan grande, que con serlo mucho el de Aguarico, es en su comparación un pequeño arroyo. Por él arriba caminaron los siervos

del Señor y demás compañeros un dia de camino, y llegaron á un sitio llamado el Real de San Francisco, adonde había hecho su primer asiento el capitán Juan de Palacios.

En este parage se detuvieron los religiosos con el capitán Pedro Bermúdez y demás gente, y despacharon una canoa al Real de Anete con aviso de su llegada para el capitán Palacios y compañeros, los cuales bajaron luego muy contentos, y habiendo llegado con mucha alegría, los unos y los otros se dieron los parabienes.

Allí estuvieron juntos unos pocos de días, en los cuales tratando de la entrada de los Abixiras, pareció á los más de aquella compañía ser más apropósito la de los Encabellados, y aunque no se determinó nada por entonces, pidió el Padre comisario Fr. Juan Calderón al capitán, que pues estaban despacio y la provincia de los Encabellados tan cerca, gustaria mucho los fuesen á ver entretanto que el capitán Gabriel Machacón y su gente bajaban á este río y el hermano fray Pedro Pecador volvía de Quito.

Concediéronle su petición al Padre comisario, y habiendo primero confesado y comulgado todos, se hizo la entrada en los Encabellados, siendo esta la segunda que hicieron los religiosos de nuestro Padre San Francisco, hijos de la ciudad de Quito, y los que tercera vez navegaron el gran río de Napo, desde su puerto, que es el de Archidona, hasta la boca del río de Aguarico, de donde comienzan sus poblaciones y se van continuando por aquella banda (que es la del Norte) por el gran rio de Napo abajo, distancia de 150 leguas, entrando aquí la provinciá que llaman de los Rumos, que por ser toda esta tierra continuada y todos estos gentiles y hablar una misma lengua, se puede tener toda esta gente por una misma nación.

Tiene de anchura esta provincia treinta leguas, por partes más y por partes menos; confina por sus espaldas con el río Putumayo (de quien ya dijimos), el cual divide esta nación de la de los Seños, que están á la otra orilla.

La provincia de los indios Abixiras, que

era donde habíamos de entrar, está poblada en el gran río de Napo, yendo por él hacia abajo, á la mano derecha, que es á la banda del Sur, y tiene su principio en el mismo parage que la de los Encabellados, y se van continuando poblaciones por más de cincuenta leguas, dicen que es provincia de mucha gente.

Todas estas tierras son llanas y de mucha arboleda, si bien, donde ellos tienen sus casas, que serán dos ó tres leguas apartadas del río, es la montaña más clara.

Sus poblaciones están partidas en aldeillas de á cuatro, de á seis y de á ocho casas, y en cada una vive uno ó dos indios con sus mujeres é hijos.

Las aldeas estarán apartadas las unas de las otras un cuarto de legua, media legua y una legua.

Las casas son de madera y cubiertas de palma y abiertas todas.

Andan todos estos indios desnudos, duermen en hamacas y susténtanse de maíz, que cogen en abundancia, y de yucas, que son unas raíces que siembran, de que hacen mu-

cho Cazabe, y de chontaruras, que es una fruta de palmas que ellos cultivan; y estos géneros y otros semejantes que hay en esta provincia, les sirven de comida y de bebida. Tienen miel de abejas que se cría en los huecos de los árboles, aunque no usan de la cera. Tienen mucho pescado, caza de monte y fruta de la tierra. Tienen mucho tabaco, de que todos usan tomándolo en humo. Prometen estas tierras, cultivadas, otros géneros, arroz, cacao, cañas dulces y buen algodón, como ya se vió alguno de que usan para ceñirse los brazos y piernas, con unas fajas que las indias hilan y tejen, y dicen hacen esto para ser lijeros y fuertes.

A los 14 días del mes de Junio de 1637, tomaron puerto los dos capitanes, con los religiosos y demás compañía, en un riachuelo que sale de la provincia de los Encabellados, y se le puso por nombre río de San Antonio, por haber llegado á su boca el día antes que fué el de su fiesta, y dicho misa en aquel parage, que estará del río de Aguarico 20 leguas más abajo.

Tomóse allí puerto por estar cerca las ca-

sas de los indios, á las cuales llegó la compañia cristiana, y al mismo parage donde el capitán Juan de Palacios había entrado con el hermano Fr. Pedro Pecador.

Salieron luego los indios muy alegres á recibirlos, y fueron viniendo por su orden de aquellas aldeillas primeras en cuadrillas de á ocho, de á diez y de á doce, con algunas mujeres y muchachos, trayendo todos de las comidas que tenian y palmas en las manos en señal de la paz que tenían asentada.

Diéronles algunas niñerías con que fueron muy contentos.

Estuvieron en este sitio los capitanes y demás gente tres días, y en ellos los religiosos, por medio de las lenguas, predicaron á aquellos gentiles y les dieron noticias de quienes eran y de cómo venían á enseñarles las cosas de Dios y á hacerlos cristianos si ellos quisiesen y que para esto se quedarían con ellos.

Todos respondieron que se holgaban mucho y que se quedasen, que ellos los regalarían y acudirían á lo que se les mandase.

Juntó el Padre comisario sus compañeros y habiéndolo consultado con Dios y con ellos, se determinó que se quedasen, puesto que se habia de entrar después cuando el hermano Fr. Pedro Pecador viniese, en lo cual no se puso ninguna duda.

Los capitanes vinieron en ello, aunque con algún temor y recelo, y dejando á los religiosos solos y con una india lengua para intérprete, se volvieron á salir de la provincia y se fueron al Real de San Francisco y al de Anete á esperar al capitán Gabriel Machacón y al hermano Fr. Pedro Pecador, para con sus venidas determinar lo que conviniese.

Alegres y contentos en el Señor se quedaron los siervos de Dios entre aquellos lobos, y por su mansedumbre ovejas, se ocuparon en el ministerio evangélico desde 17 de Junio hasta 26 de Agosto del dicho año, ocupándose en aprender la lengua de los indios, en enseñarles á rezar, á que ellos acudían mal. Curaban los enfermos, bautizaban los niños y procuraban componer las disensiones que entre ellos se ofrecían, en lo cual

nada gustaban por la mala inclinación que todos tienen á pelear y á matarse unos á otros.

En este poco tiempo fuimos reconociendo algunas aldeas, yendo con los dueños de ellas, y así llamados de dos en dos, yendo unos y quedando otros.

Hicieron algunas juntas y bailes celebrando nuestra venida, y juntaríanse para esto en cada vez de 300 á 400 indios en unas casas muy grandes, que para este efecto tienen con muchos bancos, en que se sientan á la traza de escuelas de muchachos.

En estas juntas, aunque beben de sus vinos, y de unas aguas que cuecen de raíces, no se embriagan, ni tal cosa vimos en el tiempo que allí estuvimos.

No tienen ídolos ni adoración ninguna; mas usan de algunas hechicerías, para lo cual hay entre ellos algunos viejos que con sus embustes engañan á los otros, y por ello les tienen algún respeto. Pero obligación no la tienen á nadie, ni entre ellos hay principales, ni cabeza, ni gobierno y muy poca policía.

Tienen á dos mujeres, y algunos á más, y otros hay que no tienen más de una. Quieren muchísimo á sus hijos, á cuya causa se crían con mucha libertad y desenvoltura.

Conservámonos con esta gente con buena paz y amistad y recibimos de muchos de ellos muy buenas cosas; pero otros nos dieron mucho á merecer. Dejemos esto en este estado, y pasemos á Quito, á saber cómo le vá de despacho al hermano Fray Pedro Pecador.

Llegó el siervo del Señor á la ciudad de Quito y fué de todos bien recibido, y las buenas nuevas que llevó fueron de mucho consuelo.

Trató luego de negociar á lo que iba con toda prisa y cuidado. De la Orden fué despachado, aunque ya la provincia había dado los religiosos, y puesto que no se podían hacer dos entradas á un tiempo, por no haber gente y disposición para ello, que se hiciese la entrada con los que allá ya estaban, y que si después fuesen menester más, los asignarían, avisando de ello.

De la Real Audiencia le fué concedido lo que pedía el capitán Juan de Palacios, que fué darle permiso para que entrase con 30 hombres voluntarios á la provincia de los Encabellados, á hacer escolta, y á asistir á los religiosos (que enviaba á pedir), para que con seguridad pudiesen predicar y redimir aquella gentilidad al gremio de la Iglesia; y para ello le nombraron por cabo de los 30 soldados, y en nombre de Su Magestad le prometieron hacer merced de socorro y ayuda de costas si fuese necesario, siendo avisado de los buenos progresos de la entrada de los Encabellados.

Con estos buenos despachos y con un compañero que el Reverendo Padre Provincial Fray Pedro Becerra le dió para que le ayudase, llamado Fray Andrés de Toledo, y con algunos soldados, que á su devoción, y por servir á Dios, quisieron acompañarle bien proveidos de bastimentos y demás cosas necesarias para el viaje, que los devotos de la ciudad de Quito con liberalidad le ofrecieron de limosna, salió de la dicha ciudad el Hermano Fray Pedro Pecador para los

Quijos, adonde también vió algunos devotos que de buena voluntad quisieron acompañar á los siervos de Nuestro Señor. Y con ellos y los demás, todos juntos, se embarcaron en el río de Avila, y por él salieron al grande de Napo en las canoas y con la gente que los Encomenderos de aquella provincia dieron de muy buena gana, sin otro interés que el servicio de Dios.

Caminaron los siervos de Nuestro Señor con este acompañamiento por el gran río de Napo abajo y en pocos días llegaron al Real de Anete, donde hallaron al Capitán Juan del Palacios con su gente, el cual los recibió con grande alegría y muy contento con el buen despacho que el hermano Fray Pedro Pecador le traía, se trató luego con toda la presteza de hacer la entrada, y más cuando supieron los recién llegados cómo el Padre Fray Juan Calderón, comisario, y sus compañeros habían quedado solos en los Encabellados.

Nombró el capitán Palacios los oficiales necesarios, y ajustando el número de los treinta soldados de su comisión con algunos

de los que tenía, prevenidas ya las embarcaciones y muy bien aviados, subieron con muy buenos alientos del Real de Anete, y caminando por el gran río de Napo abajo, llegaron al Real de San Francisco, á la junta de Aguarico, á donde hallaron al capitán Gabriel Machacón, teniente general de los Cofanes, que había bajado para hacer la entrada á la provindia de los Abixiras, como lo había prometido, más viendo la buena disposición con que se iba á los Encabellados, y que ya estaban allá los religiosos, dejando su entrada para mejor ocasión, si se ofreciese adelante, despidiéndose de todos se volvió á los Cofanes por el río Aguarico por donde había bajado.

Prosiguieron el capitán Juan de Palacios y demás compañeros su viaje por el grande Napo abajo, y al día siguiente llegaron al puerto de San Antonio de los Encabellados; durmieron allí aquella noche y el otro día que fué 26 de Agosto del dicho año, entraron por el camino que siempre, y llegaron á la aldea donde los religiosos estaban juntos, como los habían dejado aunque enfermos,

Grande fué el regocijo de los unos y de los otros dando gracias á Nuestro Señor.

Desenterraron los ornamentos, que los siervos de Dios habían enterrado muchos días había y guardaban debajo de tierra por temor de que los indios Encabellados, que son muy atrevidos, no se los quitasen y profanasen.

Dijeron misa y ofrecieron el santo Sacrificio á Dios Nuestro en hacimiento de gracias, y por los buenos sucesos de aquella conversión.

Fué mucha la gente que á la venida del capitán se juntó de todas partes por verle, y por tocar algo de lo que traía que darles, como abalorios y cascabelas, de que son muy amigos; cuchillos y herramientas que les fué poco á poco repartiendo.

En esta aldea, que era pequeña estuvieron cuatro días, y por no ser sitio acomodado para tanta gente, se mudaron de allí una legua á otra aldea mayor, de más casas y mejor sitio.

Allí se hizo palenque y pareciéndoles á toda esta compañía ser aquella provincia y

tierra de consideración, de común conformidad, y con ánimo de no desampararla, tomó el capitán Juan de Palacios y la demás compañia posesión de ella en nombre de Su Majestad (que Dios guarde) y los religiosos en nombre de la Santa Madre Iglesia, con las ceremonias acostumbradas, y con muy general regocijo, y pusieron por nombre á este lugar la ciudad de San Diego de Alcalá.

Los religiosos no cesaron de hacer lo posible con los indios, aunque por ser tantos los que entraban y salían en el Real, y grande el ruído que hacían, no se hacía lo que se quisiera.

Así se pasaron algunos días esperando mejor disposición, así de salud, como de el poner en orden las cosas de aquella conversión. Cuando por muerte de un vecino de la ciudad de Avila, llamado el capitán Juan de Aguilar, los deudos y amigos que allí estaban (ó porque no hubo orden de cojer luego de contado mucho oro) trataron de volverse á sus casas á los Quijos.

Procuraron los religiosos divertir esta determinación y no fué posible, ni el capitán

Juan de Palacios los pudo detener, que esto hacen hombres voluntarios. Saliéronse de la provincia y lleváronse consigo los indios amigos que habían traído, y en verdad que hicieron falta los unos y los otros.

El Padre comisario Fray Juan Calderon y el hermano Fray Pedro de la Cruz, también se salieron con estos hombres, por estar enfermos, y unos y otros se fueron por los Quijos, dejando bien afligidos á los demás, que por ser pocos, recelaban lo que después sucedió.

Acordóse que para remediar esta necesidad fuese á Quito el hermano Fray Pedro Pecador á dar cuenta de los hechos y pedir socorro á la Real Audiencia. Lo cual el siervo de Dios hizo de muy buena gana, y se partió con los demás luego, dejando con su ida algo consolados á los que quedábamos, esperando en Nuestro Señor que por este medio nos vendría socorro y no se malograrían tan buenos principios.

Por la ausencia de el Padre Fray Juan Calderón, sucedió en la comisaria el Padre Fray Laureano de la Cruz (que soy yo).

Quedáronse en mi compañía los hermanos Fray Domingo de Brieva y Fray Francisco de Piña y Fray Andrés de Toledo, quedando el capitán Juan de Palacios con 18 soldados y cosa de 60 indios y alguna chusma. Procuramos lo posible conservarnos en buena paz con los indios Encabellados. Acudieron como antes á los ejercicios ordinarios y procurábamos que todos estuviesen consolados.

Dióle gana al capitán Palacios de que nos mudásemos de este sitio á otro mejor y más cerca de el río por las canoas y por la pesquería; hízose así (que no debiera) y mudados, en pocos días se mudaron también los indios con algunos agravios que les hicieron, que aunque á nosotros no nos parecían grandes, para ellos si lo eran, por ser gente tan hidalga que aun de sus mismos hermanos no sufren un papirote.

Fuéronse retirando y ya no venían á vernos ni traían el sustento como solían, lo cual tuvimos á novedad y novedad de mucho cuidado.

Encomendámoslo á Nuestro Señor y cada día esperábamos el golpe, cuando el día

de Santa Brigida á 8 de Octubre del 1637, tuvimos aviso que los Encabellados venían de mano armada sobre nosotros. Inquietóse la gente con esta nueva y trataron de prevenirse con sus armas, mas el capitán, más valeroso que prudente, hizo que se quietasen todos y que no tuviesen miedo.

Estando en esta quietud, aunque no sin recelos, dentro de media hora tocaron á rebato y dieron sobre nosotros tantos indios, que fué misericordia de Dios no acabarnos á todos.

El capitán, con su acostumbrado coraje, con sólo espada y rodela, embistió él y dos compañeros con los Encabellados que le cogieron por aquella parte y haciendo ricia en ellos, los fué siguiendo y á pocos pasos se halló cercado de una grande emboscada, que matándole y haciéndole pedazos, se lo llevaron.

Los demás soldados con los arcabuces, dieron una rociada al enemigo, con que matándoles algunos hicieron retirar á los demás. A este mismo tiempo se nos cayó un fuerte de madera que se estaba haciendo, con el

peso de la gente que se subió en él, y de este trabajo y de la pelea quedamos muchos lastimados y heridos.

No murió mas que el capitán, que nos lastimó mucho, y una india que la mataron los palos del fuerte.

Los heridos se curaron, y con alguna mejoría, al tercero día nos salimos todos con harto trabajo y riesgo al puerto donde estaban las canoas, y embarcándonos en ellas, salimos á nuestro gran río á una isla que allí cerca estaba, á esperar al Padre Fray Pedro Pecador y el socorro que había ido á buscar.

Puestos ya en salvo y dado gracias á Nuestro Señor, tratamos de irnos al Real de Anete, por ser mejor sitio y tener allí casas y que comer, lo cual no había en la isla. Estando ya para partir, salieron unos de aquellos soldados con una novedad que me causó mucho cuidado; y fué el caso, que entre ellos estaba un portugués, llamado Francisco Hernández, marinero que decía haber estado en el Gran Pará, allá por la costa del Brasil, y que nuestro río de Napo iba sin duda á

salir á aquellas partes, y que estando allá había tenido noticias que en medio de aquellos reinos estaba el Dorado y la casa del Sol, y que si bajasen por nuestro río darían en aquellas grandezas; con lo cual inclinó los ánimos de algunos codiciosos.

Yo procuré cuanto pude divertirlos, y para evitar los peligros á que se querían arrojar, hice aquella noche, cuando todos dormían, que un soldado echase por el río abajo una canoa grande que teníamos; y así se hizo, con que otro día por faltar la canoa grande en que los soldados se querían ir, se templó algo su determinación. Mas no paró en esto ni fué posible el detenerlos, antes conviniéndose seis de ellos, aprestaron otra canoa, aunque pequeña, y con dos indios que las dieron se aviaron para irse.

El hermano fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo, con mejor espíritu y más ánimo que el mío, movidos de las noticias que les habian dado de muchas naciones de Gentiles que había en nuestro río de Napo ó del Marañón abajo, hallando esta ocasión no la quisieron perder. Y aprove-

chândose de una cláusula de nuestra patente en que el Reverendo Padre Provincial ordenaba que los religiosos de la Misión que quisiesen salirse á Quito se saliesen y los que quisiesen quedar se quedasen, con la bendición de Dios y grandes esperanzas del descubrimiento de aquellas naciones y su conversión, partieron por Río grande, rio abajo, á 17 de Octubre de dicho año, víspera del Evangelista San Lucas, con los seis soldados y dos indios en la canoa pequeña. Acompañemos á los siervos de Nuestro Señor y después subiremos el río arriba para el Real de Anete.

Caminan, pues, los dos religiosos por el gran río de Napo ó Marañón, juntos con sus compañeros, y al segundo día de navegación hallaron en una playa la canoa grande que yo hice echar por el río abajo. Embarcáronse en ella, dejando la otra que llevaban y prosiguieron su viaje.

Huyéronseles luego los dos indios que les habían dado, y ellos solos y bien desprevenidos pasaron adelante en prosecución de su descubrimiento.

Ya habían caminado los siervos de Dios 200 leguas sin ver gente ninguna (por estar poblados los Gentiles que por allí hay, apartados del río), cuando llegaron á la provincia de los Omaguas (de quien después diremos), adonde fueron proveídos de mantenimientos de que iban muy necesitados.

Fueron continuando su viaje, reconociendo las poblaciones de Gentiles y pasando adelante sin estorbo ni contradicción alguna.

Cerca de las conquistas de Portugal (sin haber hallado Dorado alguno ni la casa del Sol) llegaron á una provincia que llaman de los Rapajosos, adonde sus moradores, codiciosos y atrevidos, desnudaron á los pobres y les quitaron lo poco que llevaban; de esta manera prosiguieron su viaje, hasta que pocas leguas de allí, al cabo de tres meses que habían navegado, llegaron á una plaza de portugueses que se llama Curupa, que es la primera de sus poblaciones y la que está más cerca de donde desemboca nuestro gran río en el mar. Allí fueron muy bien recibidos, y el capitán mayor de aquella plaza,

llamado Juan Pereira de Cáceres, persona de mucha caridad, los hizo vestir á todos y regalarlos. Y para memoria de este descubrimiento, casi milagroso de aquellos siervos de Dios, mandó que se sacase fuera del agua aquella canoa en que habían venido y se pusiese junto á la Iglesia. No fué posible, aunque con mucha gente se trabajó para sacarla, y así se quedó en aquella misma adonde tomaron puerto.

Contaré otro prodigio y misericordia de Dios que les sucedió navegando el río abajo, y fué que se les abrió la canoa á la larga de popa á proa (que aunque era nneva, era de madera débil), con lo cual todos se vieron muy afligidos y desconsolados. Tomó entonces uno de los religiosos con gran fé un poco de lodo, y en nombre de la Santísima Trinidad, pasó con él la mano por la rotura de la canoa, y luego al punto se cerró como estaba de antes, con que dando gracias á Dios hicieron su viaje á salvamento.

Después de haber estado descansando y reformándose en aquella plaza del Curupa, el buen capitán mayor les avió y despachó

á la ciudad del Gran Pará, desde donde los enviaron á la de San Luis de Marañón, adonde estaba el Gobernador de aquel estado, que entonces lo era Jacome Raymundo de Noreña.

Llegados que fueron los hermanos fray Domingo de Brieva y fray Andrés de Toledo y los seis soldados sus compañeros á la ciudad de Marañón, el Gobernador de ella les hizo muchas caricias y los agasajó y regaló con mucho amor. Sabido ya de donde venían y de qué manera y sus buenos intentos, trató luego de poner en ejecución unas Reales cédulas que tenía de su Majestad (que Dios guarde), en que le mandaba descubriese aquel gran río, que por allí llamaban de las Amazonas, por las grandes noticias que de él se tenían.

Despachó primero al hermano fray Andrés de Toledo á España con sus cartas y aviso de la llegada de aquellos siervos de Dios, de como quedaba aprestada una armada para despacharla con el hermano fray Domingo Brieva por el río por donde había bajado, para que se viese más despacio y

reconociesen las naciones de Gentiles y todas las demás cosas que en aquel gran río viese digno de advertencia, para dar cuenta de todo á su Majestad y á su Real Consejo.

El hermano fray Andrés de Toledo se embarcó para Lisboa y de allí pasó á esta corte, y habiendo cumplido con su legacía, se quedó en España.

El hermano fray Domingo Brieva quedó en la ciudad del Marañón para ser guía y norte de la armada que ya se estaba aprestando con toda consideración, por ser el viaje largo y dificultoso y no haber de parar de allí hasta llegar á Quito, como adelante diremos. Ahora dejemos esto en este estado y volvamos á las islas de los Encabellados en busca de los compañeros que allá quedaron de partida para el Real de Anete.

Quedaron en aquellas playas el Padre fray Laureano de la Cruz y el hermano fray Francisco de Piña con la poca gente que había quedado, no con pequeño cuidado por los compañeros que iban navegando el río abajo.

Encomendáronlo todo á Nuestro Señor y

fueron subiendo por el río de Napo arriba para el Real de Anete. A poco camino andado, los indios amigos que eran del Capitán difunto, y otros más que tenían cogidos, se fueron huyendo y llevándose las canoas, de tal suerte que vinimos á quedar solos diez españoles, nosotros los dos religiosos, con no más de tres indios y algunas indias y muchachos, y con sola una canoa, y esa vieja y quebrada.

Dióse orden que fuésemos en esta embarcación los religiosos, cuatro españoles y los tres indios con sus mujeres para remar, y la demás gente marchar por tierra. Hízose así y fuimos caminando con mucho trabajo los unos y los otros, y tardamos en llegar al Real de Anete más de treintas días, siendo camino de seis.

Sustentónos Nuestro Señor todo este tiempo con huevos de tortugas que hallábamos por aquellas playas, y con algunos pescadillos, con frutas del monte y cogollos de palmas, que con trabajo se buscaban.

Llegados que fuimos al sitio de Anete, hallamos allí mucho maíz, yuca, plátanos y

patatas que comer, y casas en que albergar-nos y descansar.

Dentro de pocos días nos llegó una canoa de los Quijos con un Donado que nosotros habíamos despachado de los Encabellados para Quito, cuando nos quedamos solos, con aviso de nuestra entrada, y venía de vuelta en busca nuestra con muy buen socorro de bastimento y cosas de que teníamos necesidad, que el Reverendo Padre Provincial y personas devotas nos enviaban de Quito.

De este Donado supimos cómo el Padre Fray Juan Calderón y su compañero, enfermos, pasaron á Quito á curarse y que el hermano Fray Pedro Pecador había ido mucho delante á buscar el socorro y dar cuenta de como quedábamos en los Encabellados muy necesitados.

Recibimos esta caridad y despachamos luego el mismo Donado en la propia canoa á dar aviso de la muerte del Capitán Juan de Palacios, de la salida que hicimos, de como los demás compañeros fueron el río abajo, de como se huyeron los indios, y que

nosotros con aquella poca gente aguardábamos allí la resolución de Quito.

Partióse el hermano Donado y antes de llegar al puerto de Avila, en los Quijos encontró tres canoas bien aviadas, que el Teniente de aquella ciudad, llamado el Capitán Lanzobeja, despachaba á buscarnos, porque tuvo aviso de todo lo ya referido por un mozo y dos indios de nuestra compañía, que partieron para Avila en una canoilla, cuando se huyeron los demás y nos dejaron solos en aquellas playas.

Llegaron las tres canoas á Anete Pascua de Natividad, la cual celebramos con tanto gusto, como tuviéramos si fuera aquel socorro el que esperábamos de Quito y hubiéramos de entrar á los Encabellados á proseguir en nuestra obra.

Venían estas canoas y gente á cargo de un vecino de Avila llamado Pedro de Azaque, el cual dió cuenta como el Capitán Lanzobeja, así como le despachó á él con las canoas á buscarnos, despachó también aviso del alzamiento de los Encabellados y muerte del Capitán Palacios y todo lo demás á la

Real Audiencia de Quito. Con lo cual comenzamos á perder las esperanzas del socorro y entrada que esperábamos, como en efecto sucedió. Porque apenas llegaron los avisos á Quito, así el que hizo el Teniente como el que yo hice con el Donado cuando se suspendió el viaje, que ya el hermano Fray Pedro Pecador trataba de hacer con la gente y bastimento que con beneplácito de los señores de la Real Audiencia y licencia de los Prelados, ya iba juntando para efecto del socorro y de lo que se pretendía. Conque paró la obra de todo punto, dejándolo todo á Dios, que sabe lo que conviene.

Dispuso luego el cabo Pedro de Azaque que todos los que allí estábamos nos embarcásemos para la ciudad de Avila en las canoas que él trajo y en la que nosotros allí teníamos, que así era orden del Teniente Lanzobeja.

Hízose el mataloje que se pudo para el camino, y la víspera de año nuevo, que fué el de 1638, nos embarcamos, y comenzamos nuestro viaje por nuestro gran río arriba, y en 20 días llegamos con bien al puerto de

Avila, que está apartado de nuestro gran río dos días de camino por otro río menor de mucha corriente y piedras y muy malo de navegar.

Estando en este puerto, que se llama de la Concepción, ya de partida para la ciudad de Avila, que está distancia de tres días de mal camino por tierra, llegó allí el hermano Fray Pedro Pecador en busca nuestra con una patente del Reverendo Padre Provincial Fray Pedro Becerra, en la que nos mandaba ir á su presencia, como lo hicimos con mucha puntualidad, y gracias á Nuestro Señor, en pocos días llegamos.

Dimos cuenta de todo lo sucedido con tanto sentimiento de todos, que ya bien lo sabían.

Pedimos licencia para irnos á nuestra Recolección á recogernos y entregarlo todo á Nuestro Señor, y á esperar nuevas de nuestro Fray Diego Brieva, que ya es tiempo de irle á buscar.

Despachada por el Gobernador del Marañón Jacome de Noreña la armada que dejamos apuntada, con 40 canoas de buen porte

y 1.200 indios remeros, y de pelea setenta y tantos portugueses y más cuatro castellanos de los seis que bajaron con los religiosos, todo á cargo del General Pedro Tejeira, persona de toda satisfacción, llevando por guía á Dios Nuestro Señor y al hermano Fray Domingo Brieva y por Capellán al Padre Fray Agustín de las Llagas, hijo de una de las provincias de nuestro Padre San Francisco de Portugal y Presidente del Convento de San Antonio del Gran Pará.

Junto y apercibido ya todo esto y las cosas necesarias para tan largo viaje en la plaza del Curupa, que es la última que tiene aquel estado, y está más cercana á la boca que tiene nuestro gran río, que ya no tiene otro nombre que el que los portugueses con mucha razón le pusieron, de San Francisco del Quito, por haberlo descubierto y navegado los Religiosos de Nuestro Padre San Francisco y de la provincia del Quito. Y ya de aquí adelante no le hemos de nombrar de otra manera, pues tan justamente le conviene el nombre del Río de San Francisco del Quito.

A los 17 días del mes de Octubre de 1638 salió la armada portuguesa de la plaza del Curupa con fervorosos alientos de toda aquella gran compañía, con ánimo de morir antes que dejar de llegar á la ciudad de Quito, según las órdenes que llevaban.

Caminaron á vela y remo algunas leguas, hasta que faltándoles los vientos (que no los hay sino cerca del mar) les fué forzoso andar este camino y hacer este viaje á fuerza de remos, que es cosa trabajosísima, y más con canoas tan grandes como llevaban, y si no fueran tales no pudiera hacerse este viaje.

Llevaba cada una de ellas 20 remeros, y algunas á más, y muy pocas á menos.

Desde luego fueron con mucha cuenta y razón, reconociendo todos los ríos que por entrambos lados iban entrando en el nuestro de San Francisco de Quito, numerando las leguas que había de uno á otro y nombrándolos por sus nombres, marcando y tomando la altura de los parajes y sondando nuestro río por su canal principal, advirtiendo con toda atención las poblaciones de Gentiles

que iban encontrando, y tomando noticias de algunas otras que estaban apartadas de nuestro río, la tierra adentro y lo que en ellas había ó podía haber de provecho. Finalmente, iban obrando aquello para que fueron enviados, pues no iban de otra cosa, y para ello llevaron un buen piloto que con todo cuidado iba haciendo todo lo referido.

Esta fué la segunda vez que los hijos de nuestro Seráfico Padre navegaron el gran Río de San Francisco del Quito, y la tercera sería cuando volvió la armada de Quito al Pará y ellos con ella.

Habrían ya caminado casi 800 leguas, cuando pareciéndole al General así convenir, despachó adelante al Coronel Benito Rodríguez con ocho canoas y la gente necesaria, para cumplir con el orden que llevaba y hacer con esta diligencia más cierto su viaje; porque mucha de su gente, ya cansada con el mucho trabajo y descomodidades que pasaban, se quisieran volver al Pará, como se volvieron algunos, que se huyeron.

Con esta buena traza fueron continuando su camino hasta que llegaron á las islas del

Puerto de San Antonio de los Encabellados. Aquí se quedó la mayor parte de la armada á cargo del Capitán Pedro de Acosta. Y el General, con algunos compañeros y el Padre Fray Augustín de las Llagas, partieron para Quito, siguiendo siempre el Coronel y su compañía, que con el hermano Fray Domingo Brieva y uno de sus compañeros, práctico en aquellos ríos y puertos de los Quijos que los guiaban, iban delante.

Llegó esta primera escuadra hasta diez leguas más abajo del puerto de Archidona (que se llama de Napo), de donde por las muchas piedras y corriente de nuestro gran río, no fué posible pasar á tomar puerto. Fuéles forzoso volver atrás para entrar por otro río más hondable, que se llama Payansino, á tomar puerto en el de Xini, que está tres días de mal camino de la ciudad de Avila.

Aquí llegaron á 24 de Junio de 1639, día de San Juan Bautista.

Dejaron en este paraje las canoas y marcharon el Coronel, el hermano Fray Domingo y demás compañía para Avila, adonde

llegaron muy necesitados. Estaba en esta ciudad por Teniente un vecino Encomendero llamado el Capitán Sebastián Díaz, el cual los recibió con su acostumbrada caridad y los socorrió y remedió sus necesidades, como pudo, y no como él quisiera, por ser la tierra falta de bastimentos y los huéspedes muchos.

Visto por el hermano Fray Domingo Brieva la presente necesidad, y que había de ser mayor con la llegada de la armada, que los venía siguiendo, partió con toda prisa á Quito, así para procurar el remedio, como para dar cuenta de su venida.

El Capitán Sebastián Díaz despachó aviso luego de la llegada de los portugueses á los nuestros de la Real Audiencia de Quito, y de la falta de bastimentos que había en aquella tierra para socorrerlos.

Llegó este aviso y el Hermano Fray Domingo casi á un tiempo á la ciudad de Quito, y se conmovió toda con tal novedad. Informado de todo lo ya dicho el Reverendo Padre Provincial, que ya lo era el Padre Fray Martín de Ochoa, y el Reverendo Pa-

dre Fray Pedro Dorado (que fué el primero que despachó Religiosos para estos descubrimientos) fueron juntamente con el Hermano Fray Domingo á dar cuenta de todo á los Señores de la Real Audiencia y á manifestarles la necesidad de aquella gente que había venido por orden de su Magestad y en su servicio, traídos por nuestros Frailes, para que fuesen servidos de los mandar socorrer.

Los Señores acudieron luego con muy buena voluntad y en nombre de su Majestad despacharon 600 pesos que se sacaron de sus Reales cajas, y nombrando una persona de toda satisfacción, llamado Juan de Golibar, los entregaron, y con asistencia del Hermano Fray Pedro Pecador se emplearon en mantenimientos y en todo lo que fué necesario, y con toda prisa fueron á llevarlo á los Quijos, para socorro de las escuadras Portuguesas, por que ya habían llegado; el General Pedro Tejeira, y el Padre Fray Agustín de las Llagas y demás compañeros que dijimos venian en seguimiento de los primeros.

Algunos portugueses, habían ya llegado á Quito cuando salió el socorro, y otros venían caminando en tropas, y el Hermano Fray Pedro Pecador los iba socorriendo como los iba encontrando, dándoles lo que habían menester, y pasando adelante con lo demás hasta alcanzar los últimos que fueron el general y sus compañeros, de los cuales supo como se les habían muerto muchos indios de hambre y de el trabajo de el camino.

Supo también que el General y compañeros habían hecho matar un caballo, que les había dado el teniente de Avila para que en él subiesen á ratos los más necesitados, y que se lo habían comido todo. A tanto como esto llegó su necesidad.

Finalmente con el buen socorro que se les envió se alentaron y pudieron muy bien llegar á la ciudad de Quito, adonde fueron muy bien recibidos.

Juntáronse el General Pedro Tejeira, el Padre Fray Agustín de las Llagas y algunos oficiales de la armada, y fueron el Maese de campo, el sargento mayor, el Coronel y

otros con alguna de su gente, en un lugar de indios cerca de la ciudad de Quito, y desde allí caminaron con algunas personas que los acompañaron, hasta llegar á un llano que se llama Anaquito y está juntoá ladicha ciudad, adonde los salieron á recibir D. Juan de Acuña, Corregidor de Quito y Teniente de Capitán General, con muchas personas de cuenta, todos á caballo, y otra mucha gente de á pie, y habiéndose saludado con mucha cortesía, puestos todos en orden entraron en la ciudad y fueron á las canoas Reales, adonde los señores Presidentes y oidores recibieron las cédulas de su Majestad, y órdenes que llevaba el dicho General, en cuya conformidad había hecho aquel viaje, dando en breve cuenta de todo.

Mandaron los Señores darle casa y proveer de lo necesario al General y á su gente, y después se les señaló tantos pesos cada día para su sustento.

Por ser este negocio de mucha importancia, remitieron los señores de la Real Audiencia su despacho á el Virrey del Perú, que entonces era el Conde de Chinchón, á

quien hicieron informe y dieron de todo bastante cuenta.

Al Padre Fray Agustín de las Llagas lo llevamos á nuestro Convento de nuestro Padre San Francisco de San Pablo de Quito, adonde con todo amor y caridad fué recibido de todos, y porque venía enfermo de los trabajos de el camino, lo llevamos á la enfermería adonde se le acudió con todo cuidado hasta que estuvo sano.

El Piloto de la armada portuguesa, á pedimento de aquellos señores hizo un mapa de nuestro gran río como persona que lo había marcado y tanteado bien, como ya digimos, que fué de mucho gusto para todos los que lo vieron.

Yo lo ví muchas veces y cotejándolo con su original, me parece está cabal, y verdadero. Después de hecho esto y el descubrimiento acabado, se fué el Piloto á la ciudad de los Reyes en compañía del Padre Fray Pedro Dorado, que en este tiempo partió para Lima á negocios de la Orden.

Dentro de pocos días llegó aviso á Quito del Capitán Pedro de Acosta, á cuyo cuidado

quedó la mayor parte de la armada Portuguesa, de como entrando en los Encabellados con su gente, á buscar mantenimientos de que necesitaban, le habían muerto algunos de sus indios cristianos, y que su gente había prendido cosa de 50 Encabellados para hacer justicia de ellos, y por no estar ciertos si eran aquellos los agresores no los había castigado, que los señores de la Real Audiencia enviasen orden de lo que se había de hacer.

También envió el dicho Capitán y sus compañeros á pedir á su General Pedro Tejeira que les enviase al Padre Fray Agustín de las Llagas, Capellán de la armada, para que allí les dijese Misa y los confesase, que por falta de ministros se habían muerto algunos sin confesión.

A lo primero mandaron que los señores que por la duda que había que aquellos indios Encabellados fuesen culpados en las muertes de que avisaban, que los remitiesen luego á aquella ciudad y se repartiesen en los Conventos de los Religiosos.

Para lo segundo hicieron el General y sus

Oficiales una petición en que pidieron al Reverendo Provincial y al Definitorio un Religioso sacerdote para que fuese á las islas de los Encabellados á consolar á aquella gente de su armada, por no estar el Padre Fray Augustín de las Llagas para ponerse en camino.

Vista por el Definitorio y por el Padre Provincial á quien se remitió fuera del Quito la justa petición de los portugueses, nombraron luego para esta misión al Padre Fray Laureano de la Cruz, y por su compañero, al hermano Fray Francisco de Piña, y con toda brevedad salimos de Quito con la bendición de Dios y de los Prelados.

El General Pedro Tejeira nos dió un Alférez para que con la gente que fuese menester y con buen matalotaje, que ellos y nosotros juntamos, fuésemos á los Encabellados.

Fuimos delante yo y mi compañero y un soldado portugués, y en diez días llegamos á la ciudad de Archidona en los Quijos, que esta un día de camino del puerto de Napo; adonde nos habiamos de embarcar, y allí

tomamos las embarcaciones necesarias y después de vencer grandes dificultades emprendimos la marcha.

A pocas horas de camino decidieron los religiosos, de acuerdo con el alférez, desembarcar en varios puntos de la ribera con objeto de pacificar y reducir, si era posible, todos los infieles que se hubiesen á las manos.

«Aunque sabían por experiencia los dichos religiosos, que la tal pacificación y reducción no se había de conseguir sin armas y gente que fuese conquistando y poblando las naciones de infieles de nuestro río de San Francisco, con todo eso se ofrecieron á hacer este viaje, sólo por la buena disposición, que según los informes parecía tener la provincia de los Omaguas, pareciéndoles que aprendiendo la lengua, acariciándolos y atrayéndolos al conocimiento de Dios y obediencia á su Magestad, con toda suavidad y amor; y hallando ser cierto lo que decían las relaciones, reconocida bien la tierra y las cosas de ella, visto su disposición ser tan buena como se había entendido, entablarse

allí con los dichos indios y avisar á su Majestad y á su Real Audiencia de Quito, para que siendo servido, mandase enviar gente que poblase la dicha provincia, y pedir por merced que aquellos indios Omaguas, habiéndose ya convertido y hechos cristianos vasallos de su Majestad, fuesen de su Real corona, y no se encomendasen á los pobladores (como están los del Perú) para que con ellos (por ser buenos canoeros é inclinados á las armas) y con los españoles soldados se fuesen conquistando y reduciendo las demás naciones. Este fué nuestro intento, y para esto, trabajamos lo que Dios sabe en diligenciar esta última entrada, como consta por los autos que se hicieron en esta razón, y se hallarán juntos con las tres reales cédulas de su Majestad en el Archivo de la Real Audiencia de Quito y en los oficios de D. Juan Cornejo y Antonio Sánchez Maldonado, escribanos de Cámara con otros muchos autos que se hicieron por las otras entradas que los religiosos, hijos de nuestro Padre San Francisco de la provincia de Quito han hecho, que son las que hemos referi-

do. Salimos finalmente de la dicha ciudad y convento con muchas esperanzas de muy buenos sucesos, muy bien proveídos de bastimentos y de vestuarios y otras cosas necesarias para nuestro uso, de que nuestros bienhechores nos proveyeron con mucha caridad.

Llevamos asimismo ornamentos para celebrar, é imágenes para hacer Iglesia, como quien iba muy de asiento en conformidad con los informes, mas no tuvimos ventura, como diremos.

Habiendo pasado la cordillera de Quito y Páramos de los Quijos, llegamos á la ciudad de Baeza, donde hallamos al Capitán Bernabé Hidalgo de Pinto, teniente general de aquel partido, el cual con mucho amor hizo que nos diesen el avío necesario para pasar á la ciudad de Archidona, que está de allí 20 leguas, adonde habiendo llegado con bien, nos recibió y hospedó en su casa el licenciado Pedro Vallejo, cura de la dicha ciudhd y nos hizo mucha caridad.

Allí nos detuvimos muchos días por estar los indios que nos habían de llevar ocupa-

dos en la Demora, que así llaman al tiempo en que se saca el *oro*.

Por lo que habiendo acabado y prevenido de todo lo necesario de camas y gente para el viaje, por el capitán Diego Díaz de Paz, vecino encomendero de Archidona y de Avila y bienhechor nuestro; él en persona con su gente y todo lo demás, nos fuímos á embarcar al puerto de Napo que está de Archidona un día de camino.

Ocupámonos el tiempo que estuvimos esperando este avío, en escribir y aprender parte de la lengua Omagua, con que llevamos muy buen principio y nos fué con esto no muy dificultoso el aprenderla.

Embarcámonos en el puerto de Napo el 27 de Septiembre del dicho año y comenzamos á navegar por nuestro gran Río de San Francisco del Quito (siendo este su primer puerto navegable, porque desde aquí á su nacimiento, que no hay muchas leguas, corre mucho y por entre muchas peñas), y á los dos días de nuestra navegación llegamos á la junta del río de la Coca, que está del puerto de donde salimos 28 leguas.

Habiendo ya pasado los ríos de Archidona, de Avila y Payansinos, que son los que hemos dicho que salen de la provincia de los Quijos, todos por la vanda del Norte, y es á la mano izquierda caminando nuestro río abajo. En este paraje dicen que fabricó Orellana el bergantín con que navegó por nuestro gran río y fué á salir á la Margarita.

Yendo pues prosiguiendo nuestro viaje, á las 47 leguas de la junta de la Coca, hacia la vanda del Sur, que es á la mano derecha, caminando por nuestro río abajo, pasamos el Real de Anete, á donde digimos tuvo su asistencia el capitán Juan de Palacios con su gente.

Pocas leguas más abajo desemboca en el nuestro un río, al parecer no muy grande, en el cual dicen está una provincia de indios Omaguas, de cabezas chatas, de donde los vecinos de la ciudad de Archidona han sacado algunos, de que se sirven.

A las 18 leguas del Real de Anete á la vanda del nuestro, desemboca el río Aguarico y se junta con el grande nuestro, y de

allí comienzan las primeras provincias y naciones de infieles que pueblan el gran río San Francisco del Quito; por la vanda del nuestro los Encabellados y Rumas que todo es uno; por la otra vanda, que es la del Sur, la de los Abiginas; fenece esta nación y provincia en un río, que se llama Curaray, que desemboca y entra en el nuestro por la propia vanda del Sur, y tendrá de ancho como un cuarto de legua.

En este río, dicen que hay muchos gentiles y hay personas que han llegado á sus poblaciones y se llaman Equitos. Estas son las primeras poblaciones de infieles y más cercanas al distrito de Quito, y jurisdicción de los Quijos, de donde se ha de comenzar á hacer la conquista, si nuestro Señor es servido que se haya de hacer.

Dificultoso parece por ser tierra de montaña y por estar la gente tan mal poblada y sin orden ni gobierno, mas con la ayuda de Nuestro Señor todo se hará bien. A la vanda del Sur 80 leguas más abajo del Curaray, desemboca un grande río en el nuestro de San Francisco que tendrá una legua de

boca, llámanle los naturales Paramanguaso, que quiere decir Río Grande. Este es el Marañón que baja del Perú y por eso se llama nuestro río de Napo de Marañón, y después que nuestros frailes lo descubrieron y navegaron se llama de San Francisco del Quito. Júntanse con el río Marañón el río de los Xivaros, el de los Maguas y otros antes de entrar en el nuestro.

Entre estas juntas de estos ríos está una provincia de infieles que se llaman Aguanatios, y son también Omaguas, de cabezas chatas. Setenta leguas más abajo de estas juntas está la provincia de los Omaguas, que tanto cuidado nos dieron y son los que íbamos á buscar.

Cerca de las dichas juntas, día de Santa Teresa á 15 de Octubre, encontramos diez canoas con 50 indios Omaguas de la provincia que nosotros íbamos á buscar, que según ellos nos dijeron iban á una provincia de indios que se llaman Icagnates (y son los Rumos y Encabellados que digimos), á matar y robar como supimos lo tenían de costumbre.

Algunos de ellos huyeron cuando vieron nuestras canoas, y la mayor parte de ellos conociendo ser españoles que ellos llaman Caripunas) esperaron y saltando todos en tierra en una playa los saludamos y abrazamos con muestras de amor, y ellos hicieron lo mismo con nosotros.

Hablámosles con las lenguas que llevábamos, y digímosles como íbamos en busca de ellos para que fuésemos amigos y enseñarles las cosas de Dios y hacerlos cristianos para que se salvasen, y que si gustaban nos quedaríamos los religiosos nuestros con ellos.

Dijeron que sí y que se holgaban mucho de ello. Persuadímoslos á que dejasen aquel mal viaje que iban á hacer y que nos fuésemos juntos á sus casas.

Hiciéronlo así, y llamando á los que se habían escondido, y muy contentos nos fuimos todos juntos por nuestro río abajo.

A los 19 de Octubre, día de San Pedro de Alcántara, llegamos á la provincia de los Omaguas y á la isla primera de ella, llamada Piramota, y nosotros la llamamos de

San Pedro de Alcántara por haber llegado á ella en su día.

Con muestras de mucho gusto nos recibieron los dichos indios y luego nos hospedaron en una de sus casas, que para ello desocuparon, y al Capitán Diego Díaz de Paz y para su gente dieron otra, y en ella y en nuestra compañía estuvieron los españoles no más que cuatro días, en los cuales los Omaguas nos regalaron á todos en lo que tenían, y eso con muy buena voluntad.

Levantamos un altar y en él ofrecimos al Padre Eterno el santo Sacrificio de la Misa.

Plantamos el arbol santo de la Cruz y en el nombre de Dios Nuestro Señor tomamos posesión de aquellas tierras por nuestra Santa Madre Iglesia y por nuestro católico Rey, y por todo dimos á Nuestro Señor muchas gracias.

Procuramos luego informarnos de la gente y demás cosas de la provincia y no fué posible saber cosa cierta por entonces; solamente entendimos de ellos que la gente era mucha, la cual dejamos para su tiempo, remitiéndolo á la vista.

«La Isla de San Pedro de Alcántara tendrá de largo dos leguas y de ancho menos de media, y así ésta como las demás (que serán de este porte y algunas mucho mayores) están pobladas de muy alta y espesa arboleda.

Tenían sus casas, que eran 28, en la orilla del río, hechas de madera y cubiertas de palmichas, que allá llaman Pinagua, todas puestas en hilera á manera de Galeras entoladas con las proas hacia el río, todas muy juntas las unas con las otras, y cada una con dos puertas, una para el río y otra para el monte.

Vivían en cada una de estas casas dos, tres y cuatro vecinos, que se llaman indios de lanzas, y serían por todos 80, y de mujeres y muchachos había como 250.

De todo esto dimos aviso á nuestros Prelados y á la Real Audiencia de Quito por el Capitán Diego Díaz de Paz, el cual nos tenía prometido que vendría á visitarnos con su gente una vez cada año por los veranos, y con esta conformidad prometimos para la primera vez que nos viniese á ver, tener

vista y tanteada la dicha provincia, para dar cuenta de todo.

Partió el Capitán Diego Díaz y su gente para Quito, dejándonos un indio Omagua cristiano con su mujer para intérpretes, y nosotros quedamos solos y muy consolados en Nuestro Señor por vernos ya como deseábamos, si bien con alguna pena, de que lo que veíamos no conformaba con las relaciones, mas encomendámoslo á Dios y remitímoslo á la vista y experiencia.

Aquella misma noche, después que el Capitán y demás gente se habían ido, se nos huyeron el indio y su mujer que habían quedado en nuestra compañía para intérpretes de la lengua, con que quedamos del todo puestos en las manos de Dios.

Fuimos prosiguiendo con nuestra obra y aprovechónos mucho lo que ya traíamos aprendido y escrito de la lengua, y con ese principio y buena diligencia fuimos aprisa aprendiéndola y obrando aquello á que habíamos ido y lo que tanto trabajo nos costaba.

A los cuatro meses poco más que asisti-

mos juntos en este pueblecillo y con esta gente, que nos acudió muy bien, dí orden de ir á reconocer algunos de los pueblos más cercanos á éste, y habiéndolo consultado con nuestros compañeros, dejándolos encargados á los indios que quedaron, con 30 de ellos, que me acompañaron en sus canoas y en una que nos dejó el Capitán, hicimos esta primera salida.

Salimos de San Pedro de Alcántara, llevando en mi compañía un Donadito indio de Quito, por mi intérprete y compañero, dejando otro allá con los compañeros, y caminando por nuestro Río de San Francisco del Quito hacia abajo, llegamos en el mismo día á un pueblo pequeño de 14 casas llamado Sacaycy en otra isla semejante á la primera, que tendría 30 indios y más sus mujeres y muchachos, que no eran muchos. Estaba esta isla de la otra ocho leguas; recibiéronnos bien sus moradores y acudiéronnos con el sustento que ellos tienen, como son yucas, maiz y las otras frutas ordinarias de la tierra y mucho pescado de que abundan todos aquellos ríos.

Dormimos allí una noche y al día siguiente seguimos adelante y llegamos á otro pueblo llamado Mayti con solas ocho casas en una isla más grande que las primeras, nueve leguas del otro pueblo de Sacayey; paramos sin llegar á él y á cuatro leguas andadas llegamos á una isla también grande con un pueblo de 16 casas llamado Caraute, que tendría 40 vecinos y más sus mujeres y muchachos, que por todos llegarían á 120 almas.

Aquí me recibieron muy bien y regalaron con lo que pudieron, y yo les correspondía á éstos como á los demás con abalorios, cascabeles, anzuelos y otras muchas menudencias semejantes que ellos estiman mucho.

En este lugarito pequeño estuvimos tres días y al cabo de ellos volvimos atrás al pueblo de Maytí, que habíamos pasado sin estar en él; llegamos, y sus vecinos, que serían 20, nos recibieron muy alegres y acudieron como los demás. Aquí dormimos por la noche y en ella fué Nuestro Señor servido consolarnos con un niño que hallamos ya casi para espirar, que bautizado se fué al

cielo, y fué este el primero de los que bautizamos en aquella provincia, que no fueron pocos gracias á Dios.

Salimos de este pueblecito y llegamos al otro, donde hicimos noche, y al otro día fuimos á dormir á San Pedro de Alcántara, adonde hallamos á nuestros compañeros alegres en Nuestro Señor, y yo me holgué mucho de hallarlos buenos. Dilos cuenta de lo que pasaba y no dejó de aguársenos el gusto con lo que íbamos viendo, tan diferente de lo que teníamos entendido, según los informes.

Dentro de pocos dias llegó á donde estábamos una canoa con siete indios del pueblo de Carahute, donde ya había estado yo, que venían á buscarnos para llevarme á su lugarcillo, diciendo que gustaban de nuestra compañía y para que le pusiéramos una Cruz, como habíamos hecho en San Pedro de Alcántara. Fuíme de buena gana con ellos, llevando conmigo al Donadito mi compañero, dejando á los demás como la otra vez, ocupados en aprender la lengua y en conservar y aumentar la amistad de los in-

dtos y cuidando de los Señes que morían para bautizarlos, que estos fueron los ejercicios en que nos ocupamos el tiempo que estuvimos en aquella provincia, ultra de los de obligación y devoción, que es lo primero.

Llegamos al pueblo de Caraute, á donde íbamos y donde estuvimos los días que dijimos.

Pusimos la santa Cruz y todos la adoraron y besaron, de la suerte que yo los enseñé, con que se consolaron.

De aquí pasamos á otro pueblo que estaría de este ocho leguas, en otra isla muy grande y tenía 22 casas y en ellas cosa de 50 indios con más chusma.

De este pasamos á otro que estaba diez leguas más abajo con nueve casas y en ellas como 16 personas entre grandes y pequeños, muy afligidos porque se les habían muerto los demás (aunque algunos huyeron) de una gran peste de viruelas que les había dado á todos, de que ya ellos estaban convalecientes.

Diéronme por nuevas que toda la provin-

cia de allí para abajo estaba apestada y que se había muerto mucha gente.

Con esto nos volvimos atrás al lugarcito de Caraute, adonde ya á este tiempo se iba anegando toda la tierra con las avenidas y de sus allegados, que esto sucede en aquellas islas casi todos los años.

Hicieron los indios dentro de sus mismas casas unos tablados de madera que ellos llaman luzas y encima de ellos estuvimos tres meses, que fueron los de Abril, Mayo y Junio, con más de seis palmos de agua debajo.

Entraban y salían las canoas dentro de las casas, y de noche quedaban debajo de los tablados.

Iban en ellas los indios por el monte adentro á buscar frutas de palmas y de otros árboles y pescado para comer, porque los mantenimientos que tenían sembrados casi todos se perdieron.

En este tiempo, estando como estábamos anegados una noche con un grande viento, agua y truenos, que vino del río abajo para arriba, llegó á nuestro pueblo de Caraute la

peste río abajo, y el día siguiente amanecieron heridos de ella un mozuelo y una india vieja, en casas diferentes, y de éstos se fué cundiendo y pegando en los demás, de tal suerte que en poco más de un mes no quedó en todo el lugarcito persona grande ni pequeña que no cayese miserablemente, hasta el Donadito mi compañero no se escapó de este trabajo. Sólo á mí Dios fué servido que no tocase, andando como anduve entre aquellos miserables apestados de enfermedad tan pegajosa y tan asquerosa, que sólo el ver el miserable estado de los tales enfermos y su mal olor, bastaba para matar.

Otro trabajo se nos allegó á estos (aunque no duró mucho), y fué que cubriéndose toda la tierra de muy espesa neblina, que venía de hacia el mar y caminaba para las cordilleras, con un recísimo aire y agua menuda que los indios llaman Jocamari y quiere decir tiempo frío, y lo experimentan dos ó tres veces cada año, y cada vez dos, tres y cuatro días sin verse el sol, ni aun casi luz.

Temporal fué aqueste tan frío que no había ropa con que repararlo y que nos obli-

gó á calentar el agua para poderla beber. Y aquellos miserables heridos de la peste, y todos llagados, echados sobre aquellos tablados, desnudos, sin ningún género de reparos ni socorro temporal, si no era un poco de lumbre, y no todos la alcanzaron, pasáronlo tan desdichadamente que muchos murieron.

Los aullidos que los enfermos daban y los llantos que se hacían por los muertos, eran tales que se me representaban las penas que sus almas ya padecían de los unos que esperaban á los otros.

No tenían aquellos miserables medicina con que curarse mas que con unas cortezas de árboles y hojas de otros, que cocidas se lavaban con el agua, mas casi no les fué de provecho.

Los cuerpos de los muertos llevaban con un lazo arrastrando y echábanlos enmedio del río. Y los que escaparon de la muerte quedaron tales que en mucho tiempo no fueron de provecho para nada. Sea Nuestro Señor bendito por todo.

Pasados cinco meses que estuvimos en este pueblecito y pasada la inundación, que

duró tres meses, y la peste, que duró casi otro tanto, y el frío, que duró cerca de cuatro días, habiendo muerto la tercera parte de aquella desventurada gente y convalecido la demás, y nuestro Donadito ya sano, nos volvimos á donde estaban nuestros compañeros, harto cuidadosos de nosotros. Hallámoslos buenos y todo el lugarcillo sano y libre de la peste, siendo solo éste el que se libró de ella en toda la provincia.

Acabados ya los referidos trabajos, quise volver á caminar y descubrir lo restante de la provincia, porque nos decían los indios que abajo estaba lo grueso de la gente, y no pude porque enfermaron dos compañeros y no me atreví á dejarlos.

Cuando al cabo de 17 meses de nuestra llegada á estos Omaguas, á los 14 de Marzo de 1649, llegó el Capitán Diego Díaz de Paz con su gente y canoas y con un religioso que el reverendo Padre fray Fernando de Cozar, Provincial, nos envió con muy buen socorro y una patente en que nos mandaba que si se hacía fruto en aquellas tierras, ó había esperanza de hacerse, perseverásemos

en ellas, y que si no, que nos volviésemos á nuestra provincia.

Lo que hicimos fué enviar los dos compañeros enfermos, que eran los hermanos fray Domingo Brieva y fray Diego Ordóñez á Quito, quedándose en nuestra compañía el hermano que nos trajo el socorro, llamado fray Francisco González. Y escribimos al reverendo Padre Provincial lo poco que hasta entonces habíamos visto y que nos quedábamos para ver lo demás, que nos decían era mucho, y que en habiéndolo visto, tratado y considerado, á otro viaje que viniese á vernos el Capitán Diego Díaz, resolveríamos lo que se había de hacer, de tal suerte que si fuese cosa de importancia, como nos habían dicho, nos quedaríamos y enviaríamos á pedir ayuda, y si no fuese así, nos volveríamos á nuestros conventos, y con esto despachamos al Capitán, compañeros y demás gente, que estuvieron con nosotros solos tres días.

Pocos días después de ido el capitán y demás compañía, dejando en nuestro pueblecito de San Pedro de Alcántara los compañe

ros, que eran el Padre Juan Quincoces, el hermano fray Francisco González, y un donado haciendo de su parte lo que era como siempre, yo y el otro Donadito mi compañero bajamos por nuestro río de San Francisco en nuestra canoa y con indios bastantes, con ánimo de ver y reconocer toda la provincia, y habiendo caminado 40 leguas dejamos los indios que llevábamos, porque temieron los matasen los propios de su nación (que tales son que no se fían los unos de los otros), y con otros, que nos quisieron acompañar caminamos nuestro río abajo otras 60 leguas, reconociendo los pueblos que íbamos encontrando (que eran pocos, y como los demás), hasta que llegamos al paraje donde desemboca y entra en el nuestro el río Putumayo, que fué el primero que nuestros religiosos navegaron y por donde el hermano fray Pedro Pecador bajó desde los Zeños, y salió á esta provincia de los Omaguas.

De este paraje y de un lugarcito que está cerca de él de 15 casas y poco más de 30 ndios, no pasamos, ni fué posible, porque

los indios de él, especialmente uno llamado Mayrcatizi, grande hechicero, no nos dejaron pasar, diciendo que los indios de más abajo nos habían de matar, con lo cual traté de informarme de lo restante de esta provincia, y hallé segun el informe que nos hicieron, y lo que yo tenía visto, que no teníamos nada, y que nos habíamos engañado.

Pues en 200 leguas que tienen de largo los Omaguas con 34 pueblos pequeños no hallamos 10 indios cabales, fuera de sus mujeres y muchachos que no son muchos ni lo pueden ser por lo que adelante diremos.

Aquí preguntamos por el hermano fray Pedro Pecador y supimos como había llegado á esta provincia y de ella pasado á otra que está 50 leguas más abajo y se llama de los Aysuaces, con un mozo por compañero que sería el Donado que sacó de Quito.

Allí me dijeron que estuvieron mucho tiempo, y que quedándose el mozo llamado Pascual, acomodado con una india infiel, se fué por nuestro río abajo el Hermano fray Pedro Pecador sólo en busca de los portugueses (que los indios llaman Carayguas),

quedándose allí el miserable Pascual hecho indio y peor.

Volvimos otra vez por nuestro río de San Francisco arriba, y llegamos con bien á San Pedro Alcántara á donde hallamos á nuestros compañeros, y habiéndoles referido todo lo que hemos dicho, y considerado de espacio á aquella provincia tan larga, y de tan poca gente y tan apartados los unos de los otros, sin policía, razón, ni gobierno, sin principales caciques, ni obediencia á nadie, y que su comercio con los vecinos era matarse y cautivarse unos á otros como lo vimos todos y experimentamos bastantemente.

Las islas donde habitan anegadizas, mucho calor é infinidad de mosquitos, y otras cosas con que se hacen las tales islas inhabitables á lo menos para españoles.

Con resolución nos determinamos volvernos á nuestra provincia, pues no tuvimos más ventaja. Aguardábamos para el verano que ya se acercaba á nuestro capitán Diego Díaz, como nos lo había prometido, ya dispuestos para irnos. Para lo cual rescatamos çinco muchachos de los que tienen los Oma-

guas cautivos, que no hallamos más para llevarlos á Quito, con algunos bordones, y pájaros, que los hay por allí muy buenos, mas no vino el capitán, aunque pasó el verano y tiempo en que había de venir.

Pareciéndonos pues, que el no haber venido á burcarnos sería por no haber podido más, y que vendría por el año siguiente, encomendámoslo al Señor, y esperamos, ocupándonos este tiempo en los acostumbrados ejercicios, especialmente en cuidar de los enfermos.

Contaré para mayor gloria de Dios, un caso admirable y extraño que me atrevo á decir que no ha sucedido en el mundo otro semejante.

Cerca de la casa de nuestra morada parió una india un niño, el cual acabado de nacer, dió tan grandes gritos que me obligó enviar los compañeros á verlo.

Fueron luego, y cuando llegaron lo habían ya sus mismos padres enterrado vivo en un montecillo cerca de su casa; así que yo lo entendí, fuí allá con los muchachos y un compañero, y buscando en la parte donde le

habían entrado, quiso Dios que lo hallamos al cabo de un largo cuarto de hora que tardaríamos en buscarlo.

Desenterrámoslo dando ya las últimas boqueadas y bauticélo. Hecho esto, comenzó Juan, que así le pusimos por nombre, á volver en sí y tomar alientos.

Hice traer un cántaro de agua, lavámoslo y cortámosle la vid, que aún estaba con sus pares; envolvímoslo en unos paños, llevámoslo á nuestra casa, y fué Nuestro Señor servido que viviese ocho días.

Sustentámoslo con leche de otras indias (que su madre nunca más lo vió), al cabo de ello se lo llevó Dios para sí, y nosotros le dimos muchas gracias.

Con la esperiencia de el caso referido, creimos ser cierto lo que ya nos habían dicho algunas veces los mismos Omaguas, que enterraban vivos á sus hijos acabados de nacer, ó porque queriendo los padres hijo varón, nacía hembra, ó porque nacía uno estando la madre criando otro, y de esta suerte habían enterrado mucho, y supimos que la madre de nuestro niño habia enterra-

do ya otros dos, y de otras madres de á uno, de á dos y á tres.

Reprendímosle este maleficio, y nos respondieron, que siempre lo hacían así, y que era entre ellos antigua costumbre.

De lo dicho se podrá inferir la policía, razón, y buen gobierno de los Omaguas, y que no pueden ser muchos, por las razones ya dichas de matarse unos á otros, de enterrar vivos á los hijos acabados de nacer, y fuera de los que mueren de enfermedades (que ellos no quieren creer sino que los hechiceros los matan) mueren también despedazados de tigres, mordidos de víboras, y comidos de caimanes, que todo esto vimos y entendimos en en el tiempo que estuvimos con ellos que fueron tres años cabales.

La ropa que visten los Omaguas son los varones unas camisetas de algodón pintadas que les llegan á la rodilla, y sin manga, y estas no les sirven lo más del año, por que sin ellas andan más desembarazados.

Las mujeres se envuelven en unas mantillas de algodón tan cortas y angostas que

les honestan muy poco. El modo que tienen en aplastarse las cabezas es el siguiente:

Toman la criatura de pocos días nacida, y cíñente la cabeza por la parte del cerebro con una faja de algodón ancha, y por la frente con una planchuela que hacen de cañas bravas, que les coje desde los ojos hasta el cabello muy bien apretada, y de esta manera lo que la cabeza había de crecer en redonda, crece para arriba y queda larga, chata y muy desproporcionada.

Susténtanse los omaguas de los mantenimientos ordinarios de la tierra, de que ya hemos dicho. El año que no se anega la tierra es muy fértil, mas el que se anega muy estéril.

El pescado de estos ríos es mucho y bueno, y hay muchas tortugas, que es muy buen sustento, y también es buen sustento el peje buey, que es tan grande cada uno como un becerro, y tiene la cabeza de la misma hechura, pacen hierba en las orillas de los ríos, su carne es como de vaca, y de mucha substancia.

El modo de pescar, y de cazar aves y ani-

males de aquellos montes, la naturaleza y necesidad ha enseñado á sus habitadores. Lo ordinario son flechas, harpones, cerbatanas y lazos que ellos hacen á su modo. Un género de ganado de cerda hay en todas aquellas tierras que tiene el ombligo en el lomo, y cuando los matan es necesario cortárseles luego, porque sino toma al olor la carne que es muy sana y buena.

También hay unos animales que llamamos Dantas tan grandes como terneras, y casi de la misma hechura, que sirve su carne de sustento y los cueros para rodelas, y hacen de ellos los indios con que se reparan cuando pelean.

De estos géneros y otros más, que hay en aquellas montañas, gozan mucho los indios que están poblados en la tierra firme á donde el temple es mejor, y donde no hay mosquitos, y son menos las plagas que en las islas de nuestros Omaguas. Finalmente, la tierra firme es habitable y las islas no; ésta promete provechos y de aquéllas no se sigue ninguno, y si los Omaguas han de

tener remedio, ha de ser mudándolos á la tierra firme.

En las dichas islas, y con todas las incomodidades que hemos referido, pasamos tres años y nos conservó Nuestro Señor con los miserables Omaguas en buena paz y amistad. Comíamos de lo que ellos comían y nos daban de buena gana, que nunca nos faltó, y bebíamos de los vinos que ellos hacían á más no poder, por no ser nada limpios. Para reparo de los mosquitos usamos para dormir de unos toldos de lienzo, de que también ellos usan, aunque de diferente materia, porque los hacen de los desechos de las mantas y camisas de que se visten. Y estos toldos también servían para reparo de unas avecillas nocturnas, que nosotros llamamos murciélagos, y ellos aneras, que muerden á la gente estando durmiendo y les chupan la sangre sin sentirlo.

Para los mosquitos que molestan de día y también para el calor, usamos de unos abanicos de plumas que ellos nos daban y de que también usaban, aunque no siempre, sino en el tiempo de sus fiestas, que son las

borracheras, de que usan mucho y muy desatinadamente, porque hacen unos convites para sólo beber vinos hechos de aquellas raíces qne comen, y de maíz, y de patatas en tanta cantidad, que tienen que beber en cada fiesta dos, tres y cuatro días hombres y mujeres sin faltar ninguno, y un convite hecho y acabado por un vecino, se dispone luego otro por otro vecino, y de esta suerte la mayor parte del año gastan en estas solemnidades (menos aquellos tiempos en que se inundan sus islas).

Son las tales borracheras el origen de todos los males de aquellos desdichados, porque en ellas se hacen todas las consultas, y se decretan las muertes, cautiverios y maldades que han de hacer y de hecho hacen.

En estos tiempos y ocasiones no estábamos nosotros seguros, si Dios no nos guardara; porque aunque los Omaguas no estando embriagados es gente apacible, en estándolo, se ponen tales que no conocen á nadie, y no están seguros padres ni madres, hijos ni parientes.

Llegado ya el último verano en que espe-

rábamos socorro de Quito y que vinieran á buscarnos, aguardo por horas se pase casi todo, con que comenzamos á perder las esperanzas, y los indios á maquinar sobre nuestras vidas, como veían que los españoles no venían (que es lo que ellos más temen por los arcabuces).

Determinamos hacer una canoa buena para irnos si pudiésemos por nuestro río arriba á nuestra provincia de Quito, y si no bajarnos por él abajo á buscar camino por la provincia de Caracas, que está no muchas leguas por donde desemboca en el mar. Hicimos la canoa de un árbol que tenía de grueso 19 palmos y más de 100 de largo, y no era éste de los mayores.

Los mismos indios nos la ayudaron á hacer, no sabiendo ellos para lo que era. Saliónos muy buena y tenía de largo 64 palmos y de ancho, 5.

Acabada la canoa y pasado ya el verano y tiempo en que esperábamos el socorro que no vino, día de Santa Teresa por la noche, que es á 15 de Octubre de 1650, dejando la casa como estaba, con todas las cosas de

nuestro uso, encomendada á unos viejos que nos querian bien, á quien llamábamos abuelos, diciendo que íbamos á buscar tortugas á las playas, nos embarcamos los tres compañeros religiosos, los dos Donaditos y los cinco muchachos rescatados con un poco bastimento que ocultamente habíamos hecho. Y con la bendición de Dios, no pudiendo navegar por nuestro gran río arriba por su mucha corriente y nuestras pocas fuerzas, nos dejamos ir río abajo con mucha suavidad, procurando con la ayuda y favor de Dios guardar nuestras vidas para mejor servirle.

Dejamos una carta escrita y fijada en parte donde si venian los españoles la pudiesen ver, en la cual dábamos cuenta de nuestra derrota y de las causas que nos obligaron á desamparar aquella nación, que son las que ya en toda claridad tengo referidas.

Ibamos en amor de Dios haciendo nuestro viaje, pasando sin detenernos en los pueblos de los Omaguas donde ya éramos conocidos, y ellos nos proveían del mantenimiento necesario, de tal suerte, que con lo que nos

daban y nosotros llevábamos lo pasamos bien.

Pasada ya la mitad de esta provincia, que está entre otras que pueblan la tierra firme, como son á la banda del Sur los Mayuzunas y Guaraycos, y á la del Norte los Jaunas, llegamos á donde desemboca el río Putumayo, uno de los grandes que entran en nuestro Río de San Francisco y los indios llaman Iza.

No pudimos ver su boca por impedirlo algunas islas que están delante, ni menos pudimos ver un páramo y sierras nevadas que los Omaguas nos dijeron estaban hacia la banda del Sur, pero muy apartadas del río por estar cuando pasamos todo aquello cubierto de nieblas.

Cincuenta leguas más abajo del Putumayo vimos un río que desemboca en el nuestro, hacia la banda del Sur, que me parece tendría de ancho un cuarto de legua; no tuvimos á quien preguntar y así pasamos de largo.

El día de antes que pasamos este río, que después supimos que se llamaba Jutac, nos

salió al encuentro una canoa con dos indios Omaguas, el uno de ellos mi conocido, y el que con otros antes me había dado nuevas del hermano fray Pedro Pecador. Hice que llegasen á nuestra canoa y hablando con él me dijo que los indios Omaguas de los últimos pueblos habían muerto al miserable Pascual (de quien dijimos) y un hijo suyo que estaba en uno de ellos me daría razon mejor de todo. Diome el nombre de su hijo y unos plátanos y yo le dí unos abalorios, y despidiéndonos, se fué á un pueblo que estaba allí cerca y nosotros pasamos adelante, lastimados de la muerte de aquel pobrecillo Pascual.

Llegamos en breve á los últimos pueblos de la provincia de los Omaguas y hallamos al indio hijo del que encontramos, y de él supimos que habían muerto á Pascual en una borrachera, sobre quitarle algunos trastillos con que había venido á restar por ventaja algunas mantas para vestirse. También nos dijeron que los portugueses andaban cerca de allí en nuestro río buscando oro.

Aqui nos proveyeron de mucho bastimento con que pasamos adelante.

A las veinticuatro leguas de los últimos Omaguas, vimos un río al parecer no muy grande, llamado Jurva, que entra en el nuestro por la banda del Sur.

A esta misma banda, veintiocho leguas más abajo de este río Jurva, comienza la provincia de los Aysuaris, á donde nuestro hermano fray Pedro Pecador estuvo.

Antes de llegar á las casas, que están sobre grandes barrancos, encontramos algunos de sus moradores en canoas que usan, unos á buscar tortugas y otros á sus sementeras, que tienen en islas, y de ellos supimos como el hermano Pecador había estado con ellos mucho tiempo y que ya se había ido nuestro río abajo á los portugueses y que los indios de su nación lo habían ido llevando de unos pueblos en otros.

Con esto pasamos adelante y tomamos puerto en dos parajes de esta nacion que cada uno tenía dos casas, á las cuales subimos á buscar mantenimiento y hallamos poco porque nos dijeron que los portugueses

y su gente les habían acabado los que tenían y que ya iban de vuelta por nuestro río abajo.

Esta provincia tendrá ochenta leguas de largo, sus casas son de madera y paja, todas cerradas con sola una puerta, y esa muy pequeña y tapada por los mosquitos.

Vanse continuando estas rancherías por las orillas de nuestro río, apartadas unas de otras como media legua, á una y á más.

La gente está toda desnuda, así hombres como mujeres, hacen ollas y cántaros y cuyas en que beben de unos calabazos que ellos crían, y estos géneros truecan estos Aysuaris por otros de que ellos necesitan con sus vecinos.

Toda esta tierra es de arboleda, aunque al parecer no muy espesa.

Casi al fin de la dicha provincia y á la misma banda, desemboca en nuestro río otro no muy grande al parecer, llamado . . . ; en éste y en los que hemos dicho é iremos diciendo, hay noticias de nuevas naciones de Gentiles, pero como no entramos ni navegamos por ellos, no los vimos.

A la banda del Norte pasamos otro rio que entra en el nuestro pocas leguaas más abajo del de Tapi, que dejamos á la otra banda, y en su boca hallamos un pueblo que tendría cuarenta casas, llámase el Río Aragatuva y sus habitadores Jaguanais. Aquí nos dieron un poco de bastimento, y aquí se nos acabó la lengua y no se pudo de aquí adelante hablar á los indios ni entenderlos.

Pocas leguas más abajo comienza hacia la banda del Sur y se va continuando por la una y otra banda de nuestro río la provincia que llaman de Joriman, que tiene de largo sesenta leguas, llegamos á los primeros pueblos, que serían de á veinte y de á veinticuatro casas cada uno, y sus habitadores todos desnudos.

Venían á vernos cargados de armas, que son unas flechas que tiran con sola unas mano y con un instrumento que llaman Palleta, de madera; no llegamos á sus casas porque en su proceder echamos de ver su mala intencion, y así procuramos pasar de noche por sus poblaciones, aunque el último día que los pasamos fué menester, para li-

brarnos de ellos, que nuestro Señor nos enviase un temporal de viento por la popa, tan fuerte, que en poco tiempo, con una vela que armamos de una mata, nos vimos libres de muchas canoas de indios que nos iban cercando, de que dimos muchas gracias á Dios.

Pasada esta provincia de los Jorimanes, que es la de más gente y más atrevida que vimos, caminamos setenta leguas por nuestro río sin ver gente ni pueblos, sino arboledas, islas y dos bocas de ríos que entraban en el nuestro por una banda y por la otra.

Habiendo pasado todo lo dicho, llegamos al río Negro, que desemboca en el nuestro por la banda del Norte; pusiéronle este nombre nuestros religiosos la primera vez que aquí llegaron por ser sus aguas al parecer muy negras, y causolo su mucho fondo y ser muy claro.

Tendrá de ancho en su boca una legua y el nuestro de San Francisco algo menos, aunque entra aquí todo él junto, pero muy hondo.

Este sitio de estas juntas es para muy ver,

porque cerca de sus orillas (donde hay muchas piedras, cosa que no hay en todo el nuestro, sino es en su principio) tiene algunas sierras no muy altas, y de una y otra banda muchas y muy altas palmas y muy gruesos y hermosos árboles, y lo que es más, ver estos dos grandes ríos juntarse el uno con el otro, y así juntos hacer su curso y camino lado á lado algunas leguas, distinguiéndose unas aguas de las otras sin revolverse, ocupando cada uno de ellos una legua y los dos juntos dos de anchura.

Después de haber visto todo esto, en que gastamos un buen rato, nos metimos en nuestra canoa enmedio de los dos ríos y así comenzamos á navegar, cuando á poco camino andado descubrimos catorce canoas de indios infieles que desembocaban por el río Negro y parecía que nos seguían.

Diónos mucho cuidado, porque teníamos noticias de que los tales indios eran muy caribes y que usaban de flechas envenenadas y las tiraban con unos grandes arcos que alcanzaban mucho con ellas. Mas Nuestro Señor, á quien mucho debemos, fué servido

que ellos se divirtiesen por allá, y nosotros en poco tiempo los perdiésemos de vista.

A las 40 leguas más abajo de el río Negro, pasamos, aunque apartados por la boca de un grande rio, que por la banda del Sur desemboca en el nuestro, al cual pusieron por nombre Río de la Madera, por la mucha que traía cuando nuestros religiosos pasaron por él, y esto sucede de ordinario con los demás ríos en tiempo de invierno, porque con las grandes avenidas de las cordilleras, se derrumban muchos pedazos de tierra de sus orillas, con los árboles que en sí tienen, y con algunos otros que se habían caído, bajan por los rios abajo, hasta parar en las islas ó en el Mar.

Esto lo vimos en el tiempo que estuvimos en los Omaguas, y vimos que salían los indios al encuentro, en conociendo que eran cedros, y echándoles un lazo los arrimaban á tierra, y pasado el tiempo de las crecientes labraban de ellos canoas con hachas de piedra, y otros instrumentos hechos de concha de tortugas, y huesos de animales.

Veinte y ocho leguas del río de la Made-

ra está una provincia que llaman de los Tupinambaranes, á la banda del Sur, en un brazo de nuestro río, que apartándose de su principal se entra por la tierra firme adentro y vuelve á salir y juntarse otra vez con él á las 60 leguas más abajo, en cuya boca está el último de los pueblos de los dichos Tupinambaranes.

A este llegamos 6 días después que pasamos el río Negro, sin ver en todo aquel camino gente ninguna.

Y lo que siento de estos que parecen despoblados es, que las naciones que habitan en tan dilatadas tierras (de que hay muchas noticias) están apartadas de los ríos, ó por las inundaciones, ó por los mosquitos, como lo están en el principio de nuestro gran río. En este medio camino se nos murió uno de los muchachos que habíamos rescatado, bautizámosle, y pusímosle por nombre Ventura, y enterrámosle en una isla de las muchas que hay allí despobladas.

Llegamos al dicho pueblo de Tupinambaranes á los diez días del mes de Noviembre del dicho año. Después de 26 días que sali-

mos de la isla de San Pedro de Alcántara de los Omaguas, habiendo en ellos caminado más de 60 leguas, hallamos aquí un hombre blanco y bermejo en traje de español. Holgámonos mucho de verlo, y mucho más una cruz que estaba junto á las casas.

El hombre se espantó de vernos, de tal suerte, que aún no acertaba á hablarnos. Preguntámosle si era cristiano, y respondiónos que sí, y que se llamaba Francisco.

En la lengua conocimos que era portugués, y ayudonos á saltar en tierra, y habiéndonos saludado, nos dijo que aquel pueblo era de indios cristianos y que él habia venido á buscar unos indios huídos de otro pueblo, que estaba de allí 36 leguas, á donde estaban una tropa de portugueses que andaban rescatando indios cautivos, y que ya estaba para volverse y nos iríamos juntos. Adoramos la santa Cruz, y dando á Dios muchas gracias nos fuimos muy consolados á las casas.

Saliónos á recibir un indio de buena presencia con un baston en la mano, insignia que traen en aquellas provincias los indio

principales, que en el Perú se llaman Cazi·ques; llamábase éste Jaguaramiri, que quiere decir Leon pequeño, y él, y los que le acompañaban, hombres y mujeres, todos desnudos, y según entendimos no tenian de cristianos más que el serlo y los nombres. Saludonos por medio del soldado portugués, y nosotros hicimos lo mismo, y le dimos cuenta de nuestro viaje. Holgose mucho, é hizo que nos diesen mucho casabe, pescados, tortugas, piñas y vino de los que ellos bebían.

Dímosles algunas medallas y abalorios que nos habían quedado. En este lugar que tendría 80 casas, estuvimos cuatro días. Todos no fuimos con nuestro Francisco Lopez, Portugués, y más tres indios en nuestra canoa, en busca de la gente portuguesa. Al cabo de dos días llegamos á un lugarcito de seis casas, situado en la boca de un mediano rio, que llamaban de los Condurises, y este mismo nombre tenian sus habitadores. Supimos de ellos como la tropa de los portugueses se habia ya ido de allí á otra provin cia 50 leguas más abajo llamada de los Tra-

pajosos; pedímosles indios para que nos llevasen allá, y mientras nos los buscaban, nos detuvimos allí casi dos días, diéronnos de comer de lo que tenían, y supimos que eran cristianos, como los que allá dejamos.

Antes que pasemos adelante, diremos qué río es éste, y lo que nos dijeron de él, y corre por aquellas partes.

En los Omaguas oímos decir, que en nuestro grande río abajo había una provincia de mujeres que vivían solas sin varones, y que solo tenían amistad con aquellos, que cada año por cierto tiempo las iban á visitar, y que usaban de arco y flecha y que eran muy vatientes.

Por medio de el dicho soldado portugués supimos lo mismo, y también de otros que nos lo dijeron; y que en este río que llaman de los Condurises muy arriba, se decía estar las tales mujeres que se llamaban Amazonas. Todo esto, y algo más que oímos, son tan solamente noticias, más nada de vista, ni tal pudimos averiguar, ni de los indios, ni de los portugueses, que de ordinario navegan por aquellos ríos.

De aquí se tomó ocasión para dar el tal nombre de las Amazonas á nuestro gran Río de San Francisco del Quito, siendo así que desde este río pequeño de las dichas Amazonas hasta el nacimiento del grande nuestro, hay cerca de 1..... leguas, y desde este río de las Amazonas á la mar, habrá poco más de 300.

Y en comparación de nuestro gran Río de San Francisco, es el que llaman de las Amazonas, muy pequeño río.

Partimos de este dicho de los Condurises, ó río de las Amazonas, con nuestro soldado portugués y con los indios que allí nos dieron, y al tercero día que navegamos por nuestro gran Río de San Francisco abajo, llegamos al que llaman de los Trapajosos, y entra en el nuestro por la banda del Sur, y de la otra banda hallamos las canoas y tropa de los portugueses, y por cabo de ellos al capitán Manuel de los Santos, uno de los oficiales de la armada portuguesa, que fué á Quito con nuestro hermano Fr. Domingo, cuando descubrió y navegó nuestro gran Río.

Admiráronse mucho de vernos, y recibiéronnos con mucho amor y con mucha caridad nos regalaron y acudieron á todas nuestras necesidades. Y porque no causase nuestra venida en ellos alguna sospecha por ser castellanos, mostrámosles nuestras patentes, y dimosles verdadera y bastente cuenta de nuestro viaje, y las causas de nuestra impensada venida, con que al parecer quedaron satisfechos.

Tratamos últimamente del orden que habíamos de tener para pasar á la provincia de Caracas, que era la que pretendíamos.

A lo cual nos respondieron no ser posible hacer tal viaje, porque con el alzamiento de Portugal, también se había alzado el comercio y comunicación que antes tenían por aquellas partes los castellanos con ellos, que no habia otro remedio sino pasar á la ciudad del Marañón, á donde estaba el Gobernador de aquel estado, que entonces era Luis de Magallanes, para donde él ya estaba de partida, con una tropa, y que nos llevaría de buena gana en su compañía y en sus canoas, y que allá regozaríamos de pasar á

España, aunque no sería esto muy fácil, porque había en aquel estado mucha falta de sacerdotes y de Religiosos de nuestra Orden, y que nos habían de detener (como lo intentaron). Encomendámoslo á Nuestro Señor, y puestos en sus manos y en las de los portugueses, esperamos de todos buenos sucesos.

Preguntamos por nuestro hermano Fray Pedro Pecador, y nos dijeron que no había llegado á aquellas partes ni tenían noticia de él, con que podemos creer que se murió, ó que lo mataron aquellos bárbaros. Supimos más de esta gente, que los portugueses de quien allá en el fin de la provincia de los Omaguas tuvimos nuevas, que andaban en nuestro río, era una armada, y por orden del Duque de Verganza, había ido al descubrimiento de unas minas de oro, muy ricas, de que le habían dado noticia, y que anduvieron por aquellos ríos mucho tiempo buscándolas, y al cabo sin hallar nada, y con mucha gente menos que se les murió, se volvieron á la ciudad de Marañón, de donde habían salido, y á donde después vimos al

que fué por general preso y muy apretado por los gastos y desperdicio de la dicha armada.

Estuvimos algunos días en este paraje, en compañia de esta gente portuguesa, y en un pueblo de diez casas que en él había de indios amigos, pero no cristianos, llamados Trapajosos, á donde desnudaron á nuestros Religiosos y á sus compañeros, la primera vez que por allí pasaron.

En este tiempo se le ofició al capitán Manuel de los Santos, cabo de la dicha tropa, ir dos días de camino de este sitio, á asentar unas paces entre los Trapajosos y otros indios sus vecinos, que ya se habían comenzado á hacer.

Ofrecime á irle acompañando, y él lo estimó mucho, y dejando allí un capitán y parte de su gente, con la más lucida fuimos á hacer este viaje.

Yo llevé por mi compañero al hermano Fray Francisco González, y dejé allí al Padre Fray Juan de Quincoces con los muchachos.

Llegamos á tomar puerto á una playa

muy grande, cerca del lugar donde los indios estaban poblados, y allí nos salieron á recibir, y nos trajeron de comer, y se asentaron las paces, aunque mal, porque aquellos hombres no procuraban más que sus aprovechamientos temporales.

Hechas las tales paces, trataron luego de rescatar cautivos, que ellos llaman así á los que los indios cautivan en sus guerrillas, que como son injustas, también lo son los cautiverios.

Las razones con que los portugueses quieren paliar su iniquidad, son decir que aquellos indios que ellos iban á rescatar los tienen ya sus amos sentenciados á muerte para comérselos, y que les hacen buena obra en librarlos de la muerte y sacarlos á tierra de cristianos, á donde lo sean, aunque esclavos.

No hay duda de que en los primeros de aquellas conquistas habría algo de esto, por lo cual se les dió permiso para que pudiesen hacer los tales rescates, dando por cada pieza (que así llaman á cualquiera persona) tres herramientas, una camisa y dos cuchillos,

algo más ó menos. Pero el día de hoy, por lo que vimos y oimos á los mismos portugueses, no hay tales indios de cuerda, que así se llaman los que se habían de matar y comer.

Voy diciendo lo que ví y lo que entendimos con toda certeza.

Los indios con quienes se habían hecho aquellas paces comenzaron á sentir mucho que les pidiesen esclavos y algunos de ellos huyeron, temiendo se hiciese con ellos lo que ya se había hecho en otras partes con otros.

No quedó allí más de un indio principal y algunos indios con él. Este trajo dos piezas, un mozuelo y una muchacha y por ellos le dieron sus herramientas. Y como no trajesen más, se mostraron los portugueses muy enfadados y dijeron, que yo lo oí, (si no apremiamos á estos y usamos de rigor con ellos, no hemos de hacer nada.)

Finalmente no se hizo más por entonces, quizás porque estábamos allí los frailes Franciscos.

Fuímonos con esto, y antes que llegáse-

mos á los Trapajosos, se les huyeron las dos piezas que habían rescatado.

Llegamos al pueblo y hallamos á nuestros compañeros y la demás gente con otra tropa más de portugueses que andaba por allí ocupada en el mismo ejercicio que los otros.

Concertáronse las dos tropas para ir á cercar un pueblo, que decían los indios amigos que era de esclavos suyos que se les habían rebelado, y que, cogidos éstos, que eran muchos, partirían, pues habría para todos.

Hiciéronlo así, yéndonos para ello á otro sitio más abajo de los Trapajosos de donde se hizo la entrada, que nosotros no pudimos estorbar; entraron y volviéronse á salir sin presa ninguna, porque fueron sentidos y los indios huyeron.

De este modo nos dijeron que habían hecho éstos y otros grandes presas é injustos cautiverios.

Y lo que entendimos de esto es que los indios amigos á quien los portugueses pedían esclavos, viendo que si no los daban los prendían y con sus rigores les obligaban á

dar sus mismos parientes (como algunas veces *lo* hicieron por redimir su vejacion), decían que tenían esclavos, mas que se les habían alzado, y que si los portugueses les daban ayuda, irían á cogerlos para dárselos; y á la verdad no eran esclavos, sino otras parcialidades con quienes ellos tenían sus guerrillas, y con esta diabólica traza contentaban á los portugueses, y se vengaban de sus enemigos.

También supimos que los indios amigos y recién convertidos, ellos solos hacían sus armadas é iban á cautivar la gente que podían de otras naciones para dar á los portugueses ó por la codicia de los rescates, ó por librarse de sus rigores.

Así no hay tropa ninguna de las que salen á cautivar que no vuelvan cargadas de gente, los cuales venden por esclavos, y los llaman negros, teniendo en este buen trato los gobernadores y capitanes mayores de aquellas plazas la mayor parte. Los daños que de lo dicho se sigue, ultra de el empeño de sus conciencias y ofensas de Dios, que es lo primero, son el mal ejemplo que los

portugueses dan á los indios nuevamente convertidos, pues por contentarlos se matan y cautivan los unos á los otros; el odio grande que aquella gentilidad ha concebido contra el nombre cristiano, por las injusticias que les han hecho; los muchos indios que mueren, de los que injustamente sacan de sus naturales y hacen esclavos siendo libres.

A menoscabo de los indios cristianos del Curapa, del Pará y del Marañón, que por ocuparlos en los tales viajes de el trabajo de remar en las canoas, y de hambres y muertos por los contrarios, se han consumido y acabado.

Con lo cual, las aldeas de los indios cristianos están despobladas, y también las provincias de los indios gentiles.

Dios Nuestro Señor lo remedie y sea tan presto como yo lo deseo. Muy grande escrúpulo hiciera yo si pasara éstas cosas en silencio, y más habiendo firmes esperanzas que de referirlas han de tener remedio, siendo Nuestro Señor servido, que aquella Corona de Portugal vuelva á su verdadero y

legitimo dueño, que Dios guarde muchos años.

Entre los desconsuelos que lo referido y otras cosas nos causaban estando en compañía de aquella gente portuguesa, fué Nuestro Señor servido de consolar á sus siervos con la buena cosecha que les ofreció de niños enfermos en aquellos pueblos por donde pasaron, y entre la gente que aquellas tropas habian sacado, que bautizados murieron para vivir eternamente.

De la provincia de los Trapajosos á la plaza de el Curupa habrá como 160 leguas, éstas anduvimos en pocos días, caminando por la banda del Sur, por la cual salen algunos rios que entran en el nuestro de San Francisco, y en particular uno que llaman Paranayva, que tendrá de ancho más de una legua.

Pasamos por algunas aldeillas de pocos indios de paz, unos cristianos y otros infieles, y unos y otros sin sacerdote ni quien se doliese de ellos.

Llegamos al Curupa víspera de Natividad del Señor del dicho año 1650. Tendrá este

lugar entre vecinos y soldados 50 hombres, un fuerte con algunas piezas de artillería y un capitán que lo gobierna todo.

Hay en este lugar un Convento de Nuestra Señora del Carmen, con dos religiosos y un clérigo, que hace oficio de cura, y todos lo pasan, no con mucha abundancia por la falta de indios.

Desde aquí se divide nuestro gran río en muchos brazos, habiendo en los medios muchas islas y varios de arenas, y así camina hasta entrar en el mar Occano, que estaba del Curupa cosa de 100 leguas. Dicen que tiene muchas leguas de anchura su boca; sus muchas bocas no las pongo aquí por no saber cuántas son.

La entrada por ellas para nuestro gran río parece muy dificultosa para los enemigos que lo quisiesen intentar, por lo que hemos referido. Salimos de esta plaza de Curupa para la ciudad del gran Pará, que estará de ella 100 leguas caminando siempre por la banda del Sur, dejando á la del Norte nuestro gran río de San Francisco, que lo perdemos de vista muchas leguas antes del

Pará; por algunos pueblos fuímos pasando por este camino, y todos son pequeños. También pasamos algunos ríos, y el de más cuenta es el de los Tocantines.

Llegamos á la ciudad del gran Pará y al Convento de nuestro Padre San Francisco el día primero de Febrero de 1651, en el cual hallamos al Padre Fray Agustín de las Llagas. Recibiónos como buen hermano, con mucho amor y caridad, y por estar solo quisiera que nos quedásemos con él.

Acudiéronnos muy bien en el tiempo que allí estuvimos, aunque no faltó quien nos tuviese por espías, porque sólo el nombre de castellanos les ocasiona sobresaltos. Tendrá está ciudad, entre vecinos y soldados de presidio como 300 personas, un capitán mayor y otros oficiales de justicia y milicia.

Tiene tres Conventos, uno de Nuestra Señora del Carmen y otro de la Merced, con pocos frailes, y todavía en los principios de su fundación, el de nuestro Padre San Francisco es el mayor y el mejor, y de menos moradores.

Hay iglesia matriz con un canónico que

hace oficio de cura y vicario: la fortaleza no ví; dicen que es buena y de buena artillería. Las cosechas de la tierra son de azúcar y de tabaco que envían á Lisboa, para lo cual vienen algunos navíos á este puerto, y les traen vino, aceite, harina y ropa, y lo demás que necesitan, con que lo pasan bien en esta plaza.

De esta ciudad del Pará, pasamos á la del Marañón, que está distancia de 200 leguas caminando por la banda del Sur y por la costa de el mar hacia el Brasil en canoas grandes y con mucho trabajo y riesgo. Llegamos á la ciudad de San Luis y nos fuimos al Convento de nuestro Padre San Francisco que allí tenemos, con un solo religioso, llamado el Padre Fray Francisco del Presepio; recibiónos con mucho amor y nos regaló mucho el tiempo que allí estuvimos.

Visitamos al gobernador Luis de Magallanes; dímosle cuenta de nuestro viaje y de las causas de nuestra venida á aquel estado, mostrándole nuestros papeles con que quedaban satisfechos.

Pedímosle licencia para pasar á Lisboa,

ya que no había orden para Caracas, y tampoco hubo lugar, ni nos la dió, hasta pasado un año que nos tuvieron entre ellos. Tendrá esta ciudad del Marañón la misma vecindad y soldados que la del Pará, poco más.

Tiene dos fuertes con buena artillería, tiene dos Conventos, el de nuestro Padre San Francisco y otro de Nuestra Señora del Carmen.

Tiene iglesia matriz, con su cura y vicario, y la hermandad de la Misericordia con un capellán. Los géneros de la tierra son azúcar, algodón y algunas maderas preciosas; llévanlo á Lisboa, de donde se provee esta plaza como la del Pará.

Pasado un año movió Dios, Nuestro Señor, al gobernador, para que nos diese licencia, contra la voluntad de muchos que eran de contrario parecer, y nos embarcó en un navío suyo nuevo, hecho en el mismo Marañón, que envió á Lisboa cargado de azúcar, muy bien acomodados y proveídos de bastimentos.

Tardamos desde el puerto de Marañón hasta Lisboa 57 días y llegamos con bien,

Domingo de Ramos, 24 de Marzo del 1652. Habiéndonos Dios librado de enemigos en las ocasiones que nos corrieron, llegados que fuímos y avisado el Duque de Verganza (que los portugueses llaman Rey), ordenó que nos llevasen al convento de nuestro Padre San Francisco, donde los prelados de él y demás religiosos, nuestros hermanos, fuímos bien recibidos y agasajados (aunque por ser castellanos, no sé lo que sentían cuando nos miraban).

Los primeros días no nos permitieron que saliésemos de casa, mas enterados de la verdad de nuestro informe, pudimos salir liberamente, y nos dieron pasaporte para Castilla, por el Algarbe.

Salimos de Lisboa bien ávidos, y pasamos á Levilla por Ayamonte, y de allí á esta corte y convento de nuestro Padre San Francisco, aunque por miedo y flaqueza con mucho trabajo.

Recibimos la bendicion de nuestros prelados superiores que tanto deseábamos; dimos en breve cuenta de nuestro dilatado viaje y de otros de que ya tenían noticia.

Mandarónme lo escribiese todo é hiciese esta relación; yo la he hecho de muy buena gana, con estilo llano, sencillo y verdadero; alegraréme haber acertado, así como lo he deseado, y que todo sea para gloria y honra de Dios, Nuestro Señor. Amén.»

FIN

Acabóse de imprimir el Nuevo descubrimiento del Río Marañón, llamado de las Amazonas, en la villa y corte de Madrid, en la imprenta de José Perales, calle de la Cabeza, 12, á veintinueve días del mes de Julio del año de gracia de mil novecientos.

BIBLIOTECA

DE

"LA IRRADIACIÓN„

Al hacerse el pedido de obras debe acompañarse el importe en libranza del Giro mútuo ó letra de fácil cobro á la orden del director de La Irradiación. El certificado de cada paquete hasta 4 kilogramos cuesta 25 céntimos, no respondiéndose de los que se remitan sin certificar. Se admiten para el pago billetes de Banco de todos los países al precio del cambio en el día de la remisión.

Aguilar.—Colonización de Filipinas, con grabados, un mapa del Archipiélago, vocabulario español-tagalo, interesantes datos sobre cultivos, explotación de su mercado, minas, etcétera, 10 pts. Para nuestros suscriptores, 2,50.

Aymerich.—A B C de la Astronomía (con grabados), 0,50.

Blanquer.—La justicia universal, 1,50.

Cervantes.—El amante liberal, con el retrato del autor y un grabado del siglo XVII, 0,50.

Conabirse. Multiplica-divisor. Ingenioso método para obtener los resultados de cualquier cuenta de multiplicar ó dividir por sencillas sumas de números de una cifra, 1 peseta.

Cortes.—Secretos de la Naturaleza con 200 fórmulas útiles de economía doméstica y aplicación diaria, 1 peseta.

Cumberland.—¿Qué es la adivinación?, 1 peseta.

Díaz Pérez.—La India, su historia y su religión, con el grabado de Brahama, 0,25.

Durville.—Aplicación del imán al tratamiento de las enfermedades, 0,50.

Procedimientos magnéticos (diferentes modos de magnetizar), 0,25.

Leyes físicas de magnetismo, 0,25.

E. E. G.—El eclipse solar de 1900, 0,10.

— *Los eclipses.*—Sus causas, historia, supersticiones y datos relativos al solar de 1900. Con nueve fotograbados, 0,50.

Flammarion.—¿Qué es el cielo? Astronomía popular con numerosos grabados, segunda edición, 3.

La astronomía y sus fundadores, 2,50.

Historia de la tierra, 0,25.

Estrellas y Atomos, 0,25.

Cómo acabará el mundo, 0,25.

Curiosidades sidéreas, 0,25.

El punto fijo en el universo, 0,25.

Distancias de las estrellas, 0,25.

Creencias en el fin del mundo á través de las edades, 0,20.

Origen del hombre y la mujer, 0,25.

Gautier.—Espirita (novela), 1.

Gourdón.—La Quiromancia ó arte de conocer la vida, el carácter, las aptitudes y el destino de las personas por la sola inspección de sus manos, 1.

Hugo Magnus (Profesor de oftalmía de la Universidad de Breslau).—Historia de la evolución del sentido de los colores, 1,50.

Manjarrés.—Primeras necesidades del hombre. El vestido, 1.

M. P. E.—Diccionario Manual de Homeopatía. Contiene el nombre latino y castellano de los medicamentos, la época de extraer los jugos á las plantas y una tabla de las enfermedades más comunes y sus principales remedios, 1.

Navarro.—Nuevo método de sumar con facilidad, rapidez y sin fatigar la memoria, 1.

Oma.—Profecías astrológicas y suerte de los niños nacidos en el año 1896, 1.

Olmedilla.—Historia del café, 0,25.

Regazzoni.—Manual del magnetizador práctico, 0,25.

Romanes.—La inteligencia animal. Versión de la 3.ª edición inglesa. Inteligencia de los moluscos, hormigas, abajas, comejenes, ara-

ñas, escorpiones, etc., 6. Para los suscriptores, 3.

Roldán.—Experiencias de penetraciones con el fusil Maüser, 0,50.

Reglamento de ascensos para generales, jefes y oficiales, 0,25.

Ronquil.—Primeras necesidades del hombre. Los alimentos, 1.

Sánchez Cumplido.—Cartilla frenológica, 1.

Serrano.—El honor y el deber (drama), 0,50.

CIENCIAS OCULTAS

Almanaques con retratos y biografías espiritistas, años 1893, 1894 y 1895, cada uno 1 peseta.

Blackwell.—Efectos del Espiritismo en la dirección social del porvenir (premiado por la Sociedad Espiritualista de Londres), 0,25.

Biosca.—El papa y los peregrinos, 1.

Barrantes.—Anatemas, 2.

Se facilita catálogo más completo á quien lo solicite.